

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — Tomo XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — N° 299.

Administracion general, passage Saulnier num. 4, en Paris.

SUMARIO.

El telégrafo trasatlántico; grabado. — Revista española. — El salon de la Academia imperial de Medicina en Paris; grabados. — Exposicion de be las artes y de industria en Tolosa (Francia); grabados. — Revista de Paris. — A Mencia. — La playa de Santúcar. — En un album. — China; grabados. — La feria de las vanidades. — La torre del pozo artesiano de Grenelle en Paris; grabado.

el presidente de la Union americana, y si en el dia las comunicaciones, despues de esa primera prueba, han quedado interrumpidas, es de esperar que muy en breve se allanen estas dificultades que á nadie han sorprendido. La alegría es tan grande en América como en Europa; este acontecimiento portentoso ha sido celebrado con banquetes, discursos, iluminaciones y regocijos populares, que nos limitamos á señalar aquí sin entrar en pormenores de ellos, porque nuestro objeto en esta ocasion es decir dos palabras sobre la construccion de los cables.

Las academias, despues de haber examinado largamente los cables pesados y los cables ligeros, concluyeron por pronuncarse en favor de los últimos. Hé aquí algunas muestras de los principales cables que se usan en Europa y en América:

La figura n° 4 representa el cable que se extiende desde Oxfordness, en la costa de Suffolk (Inglaterra),

hasta la Hogue, que dista 160 kilómetros; este cable tiene 180 kilómetros.

La figura n° 2 es el cable que corre de Dieppe á Calais; se compone de cuatro alambres aislados en gutta-percha, como de costumbre; tiene de largo 22 millas inglesas ó 33 kilómetros para una distancia directa de 28 kilómetros; costó 225,000 francos, y funciona desde el 17 de octubre de 1851.

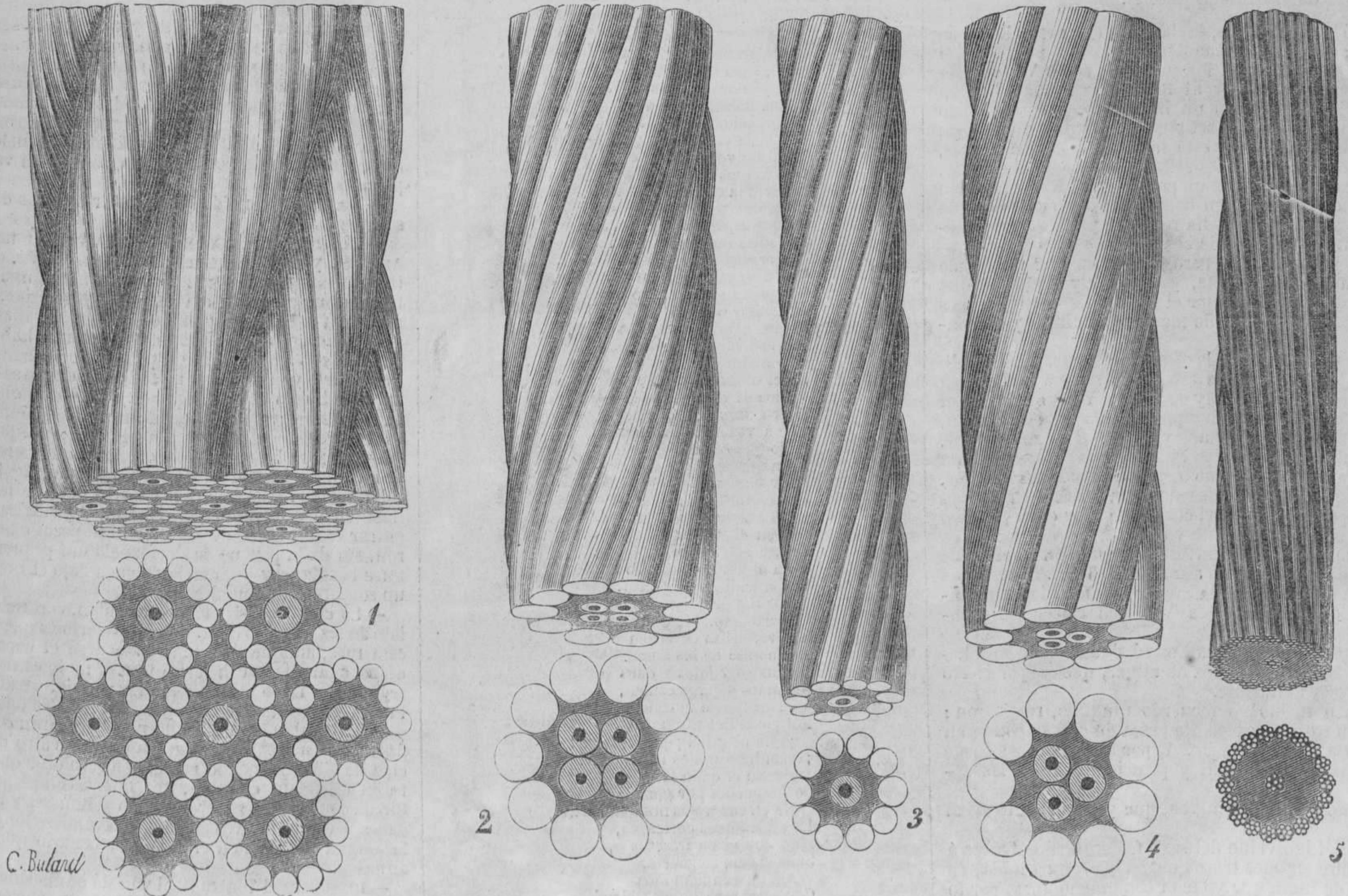
La figura n° 3 es la seccion del cable que atraviesa el Mississipi por Nueva Orleans; no contiene mas que un alambre, y mide de largo 3,000 piés ingleses.

La figura n° 4 representa el cable que atraviesa el Gran Belt de Niburgo á Korsoe, el punto mas próximo de la costa de Zelandia.

La figura n° 5 representa un cabo del cable atlántico colocado entre Inglaterra y Terranova. Tiene de largo 3.796,600 metros. En el centro se nota un cordón compuesto de siete alambres de cobre aislados en gutta-per-

El telégrafo trasatlántico.

La empresa gigantesca de la colocacion del cable que pone en comunicacion instantánea el antiguo mundo con el nuevo, se llevó á cabo con el éxito mas feliz; ya se han cambiado despachos entre la reina Victoria y



EL TELEGRAFO TRASATLANTICO. — CABLES SUBMARINOS.

C. Bulard

cha; esta primera cubierta está rodeada de una materia filamentososa con un barniz impermeable; la materia es tan compacta, que no se puede distinguir si están retorcidos los filamentos. Ese cilindro impermeable se halla protegido por diez y ocho cordones de alambre, compuestos cada uno de siete alambres de 1/10 de milímetro de diámetro, reunidos previamente. Las espirales que forman esos diez y ocho cordones son muy largas y compactas. El número de los alambres empleados en ese cable es igual á 19 cordones de 7 alambres cada uno ó á 133 alambres.

Revista Española.

De balcon á balcon. — Placeres del madrugar, en verso y prosa. — Teatros cerrados. — Esperanzas para cuando se abran. — Verbena de San Lorenzo. — Incendio del cuartel de guardias de corps. — Viaje de SS. MM. — Las iglesias de Leon. — Oviedo, su universidad y sus monumentos. — Expedición de la reina á la fábrica filantrópica de Trubia. — Gijón, Avilés, y la fábrica de zinc de Arnao. — Covadonga en fotografía. — Confirmación del príncipe y de la infanta su hermana. — Salida de los reyes para el Ferrol.

Costumbre frecuente es en la villa de Madrid durante la estación de los calores salirse al balcon los vecinos, y mas principalmente las vecinas, á gozar de las agradables auras nocturnas, y entablar tal vez de balcon á balcon, si la calle es estrecha, diálogos amenos y curiosos. Redondeaba yo pues anteayer en mi magin á tales horas la revista de agosto, mes pobrísimo por cierto en novedades, cuando el eco de una voz masculina y otra femenina que alternativamente sonaban, llegó á mis oídos, entrando por los abiertos balcones. No pensaba escuchar la conversacion, pero despues de los saludos de ordenanza empezaron ambos interlocutores á tratar de cosas que podian llenar mi artículo dignamente; y ¿cómo resistir á una tentacion tan provechosa? Agucé pues el oido, y sentí que se trataba de las delicias del madrugar y de la hermosura del campo en las primeras horas de la mañana. Debía ser algo literato el tertuliente masculino, porque despues de muchas ponderaciones sobre aquel asunto, empezó á recitar con muestras de entusiasmo el romance de Melendez que empieza:

Dejad el nido, avecillas,
Y con mil cantos alegres
Saludad al nuevo día
Que asoma por el Oriente.

Y al llegar al final, exclamó con resonante voz:

¡Cuán hermosa es, dulce Silvia,
La mañana! ¡cuánto tiene
Que admirar! ¡en sus primores
Cómo el alma se conmueve!
Deja el lecho y sal al campo
Que humilde á tu seno ofrece
Sus nuevas flores, y juntos
Gocemos tantos placeres.

— Qué bonitos versos, exclamó en esta sazón la voz femenina; solo el oírlos me daría ganas de madrugar, si yo no lo acostumbra. Porque ha de saber Vd. que todas las mañanitas voy al Retiro con la mamá y con Safo: allí nos paseamos un buen rato, bebemos tres ó cuatro vasos de agua, y sentándonos despues en la plaza de los Castaños, donde está la antigua casa de fieras, nos entretenemos con los saltos y las monadas de Safo, que ladra á cuantos pasan por delante. Ello es verdad que yo no encuentro tan bonito el campo como el que hizo esa poesía que Vd. ha recitado, porque apenas hallamos sitio en que no dé el sol, y esto no es muy agradable en julio y agosto. Pero ¿qué remedio? Nadie sale á paseo antes de las siete, y sería muy fastidioso que por solo el gusto de tomar el fresco nos expusiéramos á no encontrar en la calle mas que albañiles y barrenadores.

— Pues yo, replicaba la otra voz, arrostrando ese peligro, me lanzo á la calle tan pronto, que á la hora en que Vd. se retira ya estoy de vuelta. Y por cierto que el Retiro, con sus verdes bosquecillos, la Casa de Campo, poblada de erguidos álamos y de silvestres malorrates, y la Montaña del Príncipe Pio, desde la cual se disfruta de una hermosa vista, no dejan de tener aficionados, aun en aquellos primeros ratos de la mañana. Multitud de hidrópatas se llenan el cuerpo de agua en el primero de estos sitios, abundante en fuentes, mientras otros apuran cuanto líquido derrama la que con nombre de mineral da concurrencia al segundo. Si Vd. hiciera que su mamá dejase pronto la cama cualquier día, estoy seguro de que madrugaban Vds. con placer los sucesivos.

— ¿A que tiene Vd. alguna oda ó algun soneto para hacerme creer? dijo la voz de mujer, que era por cierto muy dulce y agradable.

— Oda ó soneto no recuerdo ninguno, replicaron; pero sí un trozo de excelente prosa en que se ponderan las delicias del madrugar. Y por cierto que se dirige á Vds. las hijas de Eva, y principalmente á las casadas.

— Dígalos Vd. si se acuerda, que ya tengo curiosidad de oírlos.

La voz del individuo del sexo feo empezó entonces á echar al aire algunos trozos de *La perfecta casada*, de fray Luis de Leon, que yo le oí con mucho gusto por lo hermoso de su lenguaje, y por las bellas imágenes que encierra.

« El madrugar es tan saludable, decía con tono enfático el recitante, que la razon sola de la salud, aunque no despertara el cuidado y obligacion de la casa, habia de levantar de la cama en amaneciendo á las casadas. Y no contradice á esto, proseguia luego, el uso de las personas que agora el mundo llama señores, cuyo principal cuidado es vivir para el descanso y regalo del cuerpo, las cuales guardan la cama hasta las doce del día... Y es cosa digna de admiracion, que siendo estos señores en todo lo demás grandes seguidores, ó por mejor decir, grandes esclavos de su deleite, en esto solo se olvidan de él, y pierden por un vicioso dormir lo mas deleitoso de la vida, que es la mañana. »

— Y oiga Vd. la hermosa pintura que el célebre agustino hace de las primeras horas del día. — « Porque entonces la luz, exclama, como viene despues de las tinieblas y se halla como despues de haber sido perdida, parece ser otra y hiere el corazon del hombre con una nueva alegría, y la vista del cielo entonces y el colorear de las nubes y el descubrirse el aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosas) y el aparecer la hermosura del sol es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves ¿qué duda hay si no que suena entonces mas dulcemente, y las flores y las yerbas y el campo todo despide de sí un tesoro de olor? Y como cuando entra el rey de nuevo en alguna ciudad se adereza y hermosa toda ella y los ciudadanos hacen entonces plaza y como alarde de sus mejores riquezas; así los animales y la tierra y el aire y todos los elementos á la venida del sol se alegran, y como para recibirle se hermocean y mejoran y ponen en público cada uno sus bienes. Y como los curiosos suelen poner cuidado y trabajo por ver semejantes recibimientos, así los hombres concertados y cuerdos, aun por solo el gusto no han de perder esta fiesta que hace toda la naturaleza al sol por las mañanas; porque no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos, porque la vista se deleita con el nacer de la luz y con la figura del aire y con el variar de las nubes; á los oídos las aves hacen agradable armonía; para el oler, el olor que en aquella sazón el campo y las yerbas despiden de sí es olor suavísimo; pues el fresco del aire de entonces templea con grande deleite el humor calentado por el sueño, y cria salud y lava las tristezas del corazon, y no sé en qué manera le despierta á pensamientos divinos antes que se ahogue en los negocios del día. »

— Bien por el autor y por su intérprete, dijo á este punto la otra voz, y ya que nos hemos propuesto pasar la noche hablando de las delicias matinales, creo que las escenas que presencia Madrid en tales ratos bien merecen que las recordemos en verso. Y á falta de otros mejores allá van esos que tengo aquí escritos en un album con letra no muy clara

Y empezó al decir así á hojear el tomo para buscarlos. Yo apliqué el oido con mayor cuidado con la sana intencion de hacer burla del poeta, y ¡oh dolor! á las pocas palabras conocí que eran míos. ¡Qué desengaño! ¡Los leian á falta de otros mejores! ¡y yo al escribirlos pensé que podian rivalizar con los mas selectos del romancero! En fin ahí van, caro lector, léelos, y dime tu opinion acerca de ellos. ¿Verdad que no son tan malos?

Hechiceras madrileñas,
Salid, salid de la cama,
Que ya dora los tejados
La luz naciente del alba.
Con cuidadoso descuido
Vestid la ondulante falda,
Y cubrid vuestros cabellos
Con frescos tules y gasas.
Abrid la sombrilla leve
De colores matizada,
Porque al sol no den envidia
Los soles de vuestra cara.
Y corred á los pensiles
Que á Madrid en torno esmaltan,
Y que sus gracias procuran
Aumentar con vuestras gracias.
Dios ayuda al que madruga;
Por eso ya visteis cuantas
Por madrugugar en verano
En el otoño se casan.
Dios os dará un buen marido
Si procurais imitarlas,
Que á vosotras las solteras
Es lo que os hace mas falta.
Ya miraros me parece
Lucir matinales galas
En las verdes alamedas
De la Fuente Castellana.
O en el ameno Retiro
Cruzar entre espesas ramas
Y en el florido Botánico
Respirar dulce fragancia.
Por donde quiera las flores
El puro ambiente embalsaman,
Y reverencias os hacen
Al impulso de las auras.
Himnos y jotas y duos
Al sol los pájaros cantan,
Y el arroyuelo murmura
Porque le tienen sin agua.
¡Qué alegría! ¡qué frescura!
¡Cuán hermosa es la mañana!
Sudando el quilo la córte
Se despuebla por gozarla.
No en sus trajes nos demuestra
La esplendidez cortesana,
Sino con grata frescura
Sencilísima elegancia.
Allí pasean los niños
Con sombrero de alas blandas,
Y vestidos de una tela
Desde la frente á las plantas.

Allí en fáciles conquistas
A todas os avasallan,
Y tan solo con miraros
El corazon os arrancan.
Aquí un doguito rechoncho
Con una pareja rancia,
Monton de carne y de meses,
Semejante á dos tinajas.
Allá sentado en un banco
Saca á un libro la sustancia
Uno que estudia en paseo
Y se pasea en su casa.
Acullá en busca de fuentes
Midiendo sus pasos anda
Otro que higiénica juzga
La medicina dropática.
Mirad cómo al pié del chorro
Las claras linfas escancia,
Y vaso á vaso, un estanque
A su estómago traslada.
Envuelto en nubes de polvo
Allí un char-à-banc se lanza
Donde un marqués, de cocheo
En el noble arte se ensaya.
Mas ya el sol tífus reparte;
Por hoy de paseos basta,
Y hácia la Casa de campo
Iremos juntos mañana.
Escuchareis en sus bosques
Las discusiones que entablan
Los ruseñores artistas
Y las tórtolas románticas.
Y ciñendo de personas
Un cinturón ó guinalda,
Vereis una fuentequilla
Que todo diz que lo sana.
¡Con qué afición cada uno
Sus férreos jugos se traga!
Y saben como las linfas
Con que escribo estas palabras.
Ved cómo tiñen de rojo
Las piedras por donde pasan;
Si las probais, lo mismito
Se pondrán vuestras gargantas.
Huid, huid de esos campos,
Y si mis versos os cansan,
Vereis qué pronto de un golpe
Paseo y romance acaban.
Que yo tambien, madrileñas,
De dejaros tengo ganas:
Que es por Dios mucho negocio
Llevar á paseo á tantas.

Esta es la poesía que con tanto desden trataba aquella ninfa. Resuelto estaba yo á cerrar el balcon por no oír mas disparates, cuando me detuvo la salida de otro nuevo interlocutor y el conocer que habian cambiado de conversacion y que estaban hablando de teatros.

— Mal hemos estado este mes de eso, decía la dama; deshecha la compañía de zarzuela que funcionaba en el Circo; concluidas las representaciones de Valero en el escenario de la Zarzuela, solo para alguno que otro beneficio nos han abierto sus puertas estos teatros.

— ¿Y ha visto Vd. al prestidigitador Bosco? preguntó uno de los galanes.

— No señor, y lo siento, porque mientras ciertas gentes le ponen por cima de las nubes, otros sostienen que no hace nada nuevo. Antonio y yo estuvimos buscando billetes la otra noche; pero el señor Bosco, pensando sin duda ó que los juegos de manos deben pagarse caros, ó que en estos tiempos hay mucho dinero, puso un precio nada arreglado á todas las localidades del teatro del Instituto, donde trabaja; y como los revendedores se habian apoderado de los billetes elevándolos aun mas, nos volvimos por el mismo camino sin ver tantos primores.

— Pero ¿no han oido Vds. contar algunas de las cosas que hace?

— Sí, por cierto, contestó el que habian nombrado Antonio, y notables todas ellas. Figúrese Vd. que dentro de una naranja escondió la otra noche una fila entera de butacas, ocupada por diez y seis personas. A una vieja la hizo decir su edad con meses y dias delante del público, y á un literato principiante hablar bien de las obras ajenas. Pide la petaca á un caballero, saca un cigarro, y al devolver aquella á su dueño se encuentra este dentro el mirriñaque de la señorita que está á su lado. A un personaje eminente le enseñó un retrato preguntándole si conocia aquella cara; él dijo que era la suya, pero los demás espectadores solo vieron allí la de un burro. En fin, segun costumbre de todos los prestidigitadores, hasta fuera del teatro hace de las suyas. Cuentan por ejemplo personas muy formales que al entrar en un coche de alquiler hace pocos dias le vieron, sin duda porque la portezuela era pequeña, quitarse la cabeza y guardarla doblada bajo el brazo como un sombrero de muelles.

— Lo cierto es, siguió el otro galan, cortando el relato de las hazañas de M. Bosco, lo cierto es que durante este mes, aunque á uno se le ocurra el capricho de asarse cualquier noche en el teatro, no le es lícito conseguirlo, y tiene que contentarse con dar vueltas en el Prado, único sitio donde se goza del fresco á tales horas.

— En cambio para el invierno se preparan comedias, óperas y zarzuelas en abundancia. El teatro del Príncipe ha sido arrendado por el actor Valero, que reunirá en él, segun cuentan, una buena compañía; en el Circo seguirán los señores Arjona y Romea, y en Noveidades veremos nuevos actores, esperándose tambien oír la lengua francesa en el mismo escenario que el año anterior.

— Pues para el Teatro Real ya está anunciada la compañía que ha de hacer las delicias de los aficionados, ó darles motivo para lamentarse, si no consigue llamar la

atención de seres tan descontentadizos y caprichosos. — Como Vds. habrán ya visto en los carteles, figuran como primas donnas para la próxima temporada la señora de Giulli, á quien oímos hace años en el mismo Coliseo, y otras dos nuevas en Madrid: las señoras Kennet y Lemann, aquella aplaudida en varios puntos de Italia, y últimamente en Roma, y esta discípula de Duprez, que no ha cantado todavía en ningún teatro. Los tenores serán Carrion, Bettini, el mismo que estuvo el año pasado, y Giullini, que viene del teatro de la Reina en Londres; los baritonos Bartonini, Paccini y Storti, y los bajos Bremond y Llorens. Dícese que además de las óperas ya conocidas se piensa por ahora poner en escena el *Aroldo* de Verdi y el *Saltimbanco* de Paccini, y que para estas funciones lucirá su inspiración el pintor Ferri.

— Y dejando á un lado los teatros ahora que me acuerdo, dijo la voz femenil, Vd., amigo Fernandez, nada nos ha dicho del baile dado en el jardín del Tivoli á beneficio de los pobres, ni de la verbena de San Lorenzo, funciones en que Vd. se halló, siguiendo su costumbre de no perder ninguna ocasión de regocijo.

— ¿Qué quiere Vd. que cuente de una y otra cosa? La última fué, como todos los años, motivo de diversion para aquel barrio en que salió una lucida procesion, sin que se notase nada en el resto de la corte, y en cuanto al baile, estubo como el otro que vimos en el mismo jardín y con igual objeto en el mes pasado. Pero de lo que podré dar á Vds. noticias es del incendio del cuartel de Guardias, que las sé auténticas y fidedignas por un oficial de la caballería que allí se aloja. El fuego parece que empezó á la una de la noche del 9; no se sabe la causa, pero se cree que tuvo origen en las grandes pilas de madera y otros materiales de construcción hacinados en el patio del edificio para las obras que en él se estaban haciendo. Afortunadamente hubo tiempo para sacar los caballos y los muebles, y primero los operarios del ayuntamiento, y luego los ingenieros militares, trabajando con ardor notable, consiguieron apagar las llamas á cosa de las seis de la tarde siguiente. Las pérdidas han sido considerables para el Estado, porque el incendio llegó á tomar una fuerza espantosa, viéndose gran parte del inmenso edificio convertido en ardiente hoguera por espacio de algunas horas.

— Yo no he visto nunca ese cuartel, dijo la vecina. — Nada tiene de notable, siguió el que habia hablado antes, mas que su gran extension, que ocupa una manzana entera, compuesta de 244,365 piés, formando el edificio mas grande de Madrid. Por lo demás, como obra del arquitecto don Pedro Rivera, luce en su portada todo el mal gusto de aquel *churrigueresco* artista, y en el resto carece de adornos. Empezó á labrar en 1720, y se acabó en 1754, y podia contener 600 guardias con sus oficiales menores, y las caballerizas igual número de caballos. Despues de diferentes reformas, suprimido en 1842 el cuerpo de guardias de corps, se destinó su cuartel para colegio general militar, y luego para recoger una gran porcion de la caballería residente en la corte. Tenia tan vasto palacio dentro de su ámbito su iglesia dedicada á la Concepcion y una magnífica enfermeria, á cuyos gastos se atendia en parte con el producto de la casa de baños que aun existe enfrente.

— Dejemos pues á un lado el cuartel de Guardias que ya me parece haber recorrido, gracias á la descripción de Vd.; y vamos á ver qué noticias tienen Vds. del viaje de la reina por las pintorescas montañas y las antiguas ciudades de Asturias, testigos de tantas proezas en los tiempos en que los moros no venian á España á vender dátiles como ahora, sino á sacudir sablazos á diestro y siniestro.

— El mes de agosto, dijo Antonio, ha empezado viéndola entrar en Oviedo, renovando el entusiasmo con que fué antes recibida en Leon. Y á propósito de esta ciudad; un amigo que vive allí hace muchos años me da noticias largas de lo ocurrido en aquel punto durante la permanencia de SS. MM. que visitaron los mas notables edificios.

— Curiosa puede ser la carta, porque Leon encierra preciosos monumentos, interrumpió el otro.

— Y lo es realmente, porque hace una extensa descripción de la catedral, en donde se celebró una solemne funcion á la que asistieron SS. MM. Este grandioso recuerdo de nuestros antepasados, verdadera muestra del género gótico en toda su pureza, se halla registrado hasta los últimos rincones en la carta de mi amigo; complácese en recordar la extraordinaria delicadeza de su fábrica, los ligeros pilares que sostienen sus hermosos arcos apuntados; y luego pasa á hablar de la visita hecha por los reyes á otras iglesias, como el convento de monjas recoletas, el de la Concepcion y la iglesia de Nuestra Señora del Mercado, á cuya imagen ha regalado S. M. este mismo año un magnífico manto.

Pero donde mas se detiene es en la pintura que hace de la colegiata de San Isidoro, en la que se halla continuamente expuesto el Santísimo Sacramento, prerrogativa que goza desde tiempo inmemorial. Allí se veneran los restos de san Isidoro, de san Vicente, mártir, y de san Martino, con innumerables reliquias de otros muchos santos. En una capilla, al final de la nave principal, existe, dice la carta, el panteon real, dedicado á santa Catalina, en que reposan once reyes, doce reinas, once infantes é infantas y muchos condes, cuyos nombres copia segun verá Vd. — Y encendiendo un fósforo, el orador leyó la lista siguiente:

Reyes: Don Alonso IV el Monge, Don Ramiro II, Don Ordoño III, Don Sancho I, Don Ramiro III, Don Bermudo II, Don Alonso V, Don Bermudo III, Don Sancho el

Mayor, el del emperador Don Fernando I, y el de Don Garcia, rey de Galicia y Portugal.

Las reinas que reposan bajo aquellas bóvedas, son: Doña Urraca, esposa de Don Alonso IV; Doña Elvira, de Ordoño III; Doña Urraca, de Don Ramiro III; Doña Elvira, de Don Bermudo II; Doña Elvira, de Don Alonso V; Doña Jimena, de Don Bermudo III; Doña Sancha, del emperador Don Fernando; Doña Urraca, reina de Zamora; Doña Elvira, reina de Toro; Doña Isabel, esposa de Don Alonso VI; Doña Isabel, llamada Zaida, tambien de Don Alonso VI; y Doña Urraca, segunda esposa de Don Alonso de Aragon. Tambien duermen allí el sueño de la muerte los infantes Don Alonso, Don Ordoño y Don Ramiro, hijos del señor rey Don Fruela el II; el infante don Garcia, hijo del conde de Castilla Don Sancho; la infanta Doña Sancha, hermana del emperador Don Alonso; la infanta Doña Estefanía, hija del emperador Don Alonso; Doña Teresa de Lara, esposa de Don Fernando el II; los infantes Don Garcia y Don Fernando, hijos del señor rey Don Fernando el II; Doña Leonor, hermana del señor rey San Fernando; y doña Maria, hija del señor rey San Fernando, que yace in-corrupción en este real panteon.

Hay otros sepulcros en que descansan la condesa Doña Inés, de la real sangre de Francia, con su esposo el conde don Ramiro; don Garcia, hijo de los dos; la condesa doña Maria Froila, madre de Nuño Melendez; la condesa doña Estefanía; el conde don Froila, muy devoto de esta iglesia; el conde don Diego; el conde don Sancho; Nuño Melendez el Hermoso, y otros sin epitafio.

Tambien hay nueve lucillos sin título, los seis pequeños y los tres mayores, y son de infantes é infantas, todos dentro de dicho real panteon y capilla intitulada de Santa Catalina.

E inmediata á la iglesia, dentro de ella, está el sepulcro del artífice que la construyó, llamado Pedro de Deus, que le destinó el señor rey Don Fernando el I, tan honorífico por su grande opinion de santidad.

— Consérvase, prosiguió el que leia, en el mismo panteon de los reyes, el célebre pendon de la cofradía, instituida en memoria de la batalla de Baeza, en la que se apareció san Isidoro, á cuya proteccion se debió la toma de aquella plaza por Alonso VII. Llevaban este pendon antiguamente los reyes en las batallas, y ahora le lleva en las procesiones de ciertos dias el mas antiguo de la congregacion, á la que pertenece solo un corto número de familias ilustres, y en la que se ha inscrito la reina como hermana.

Mientras los disertantes charlaban de este modo, yo, que me habia acercado al balcon, observé que una de las tres figuras asomadas á los de enfrente se retiraba á lo interior de la casa sin decir esta boca es mia. No era fácil á la escasa luz de la noche conocer cuál de los tres tertuliantes se alejaba, pero en la voz de los que seguian hablando comprendí que debía ser la dama, á quien importaba sin duda poca cosa la descripción de monumentos y casas viejas.

— Segun las partes telegráficas y las cartas que insertan los periódicos, seguia uno de mis vecinos, la reina llegó á Oviedo el 31 del pasado á las cinco de la tarde. Todos los habitantes de aquella ciudad y una innumerable multitud de forasteros salian á esperarla, cubriendo las calles por donde habia de pasar, para dirigirse primero á hacer oracion en la catedral, y luego al palacio en que tenia preparado su alojamiento.

Ya supondrá Vd. que en Oviedo, lo mismo que en todas partes, la presencia de la familia real ha excitado un gran entusiasmo: cuántas veces salian los reyes á la calle sonaban por do quiera los mas estrepitosos vivas; seguiala la multitud un dia y otro, y despoblábase los lugares de alrededor por contemplarlos. Ya habrá Vd. oido la gran coleccion de anécdotas que se refieren y que prueban el afecto que hasta en las mas retiradas aldeas profesan los españoles á sus monarcas. Por lo demás en Oviedo han celebrado la visita de SS. MM. con banquetes, bailes de niños vestidos con los pintorescos trajes del pais, vistosos fuegos artificiales y grandes iluminaciones que vieron los reyes paseando por las calles á pié y sin acompañamiento ninguno, en medio de la respetuosa admiracion del público.

La universidad recibió una visita de los augustos viajeros, que recorrieron acompañados del claustro de catedráticos todos los departamentos destinados á la enseñanza. Allí como en Madrid y en Villacastin, á los doctores de Salamanca renovó la reina el privilegio que tienen en España los que ciñen sus sienes con el bonete laureado de las ciencias de permanecer cubiertos en presencia de sus monarcas.

No tengo que decir á Vd. que la reina visitó los mas notables edificios de Oviedo. El convento de San Pelayo, que se cree fundacion de Alfonso el Casto, y que ha contado personas de sangre real entre sus religiosas, y el de Santa Clara, obra anterior al siglo XIII, fueron recorridos detenidamente por S. M., que dejó en ellos señales de su generosidad, como en todos los puntos que la albergan por un momento. Que ya sabe Vd. cuán crecidas sumas va distribuyendo en limosnas por todo el camino.

— Y de la visita hecha por los reyes á la gran fábrica de armas de Trubia, ha oido Vd. por menores?

— Segun estaba anunciado, tuvo lugar el dia 3, dijo respondiéndome la otra voz.

Desde la madrugada, multitud de caballos y carruajes de todas clases conducian á los numerosos convidados, y prestaban imponderable animacion al risueño paisaje que el camino atraviesa. Los muchos edificios que forman aquel inmenso palacio de la industria, es-

taban vistosa y sencillamente engalanados. Multitud de banderas y flámulas de los colores nacionales flotaban por todas partes. Embellecian aquellos sitios gracias a surtidores de agua, templando algun tanto el ardor de un sol de agosto que ostentaba todo su poder; y sobre pedestales de piedra se veian los bustos de bronce de SS. MM. la reina y el rey y de varios generales.

Un lindísimo arco triunfal señalaba la entrada de la gran fábrica, y no lejos estaba, convenientemente situada, una batería que tenia por objeto saludar á S. M. con la salva de ordenanza. En la casa que ocupa el director, se dispusieron habitaciones para la familia real, para la alta servidumbre, para los ministros y principales convidados. El comedor destinado para SS. MM. se hallaba en la bellísima galería que domina el jardín, y la mesa dispuesta con el mejor gusto y magnificencia. Notable era tambien el ornato del inmenso salon en que estaba el *buffet* para mas de 200 personas, por su sencillez y elegancia; y le componian trofeos militares formados de armas y banderas. En uno de los testeros se veia un gran escudo de armas reales, y en el otro las palabras: *Viva la reina!* formadas por cañones de carabinas. Las arañas eran de bayonetas.

A las doce y media de la mañana llegaron SS. MM. que visitaron los talleres presenciando varias operaciones, entre ellas la de fundir una placa con una inscripción que recordaba aquella visita: luego se sirvió el almuerzo, y terminado este continuó S. M. recorriendo las demás dependencias de aquel colosal establecimiento, presenciando la fundicion de dos cañones de á 80, y dignándose poner por sus manos la primera piedra de un nuevo taller que llevará el nombre del Príncipe Alfonso. El acta de inauguracion, firmada por SS. MM., los ministros y otros personajes, fué depositada en una bomba. El director de artillería, general Serrano, pronunció por fin un breve discurso, recordando la reciente inauguracion de obras de pública utilidad que eternizarán el nombre de Isabel II.

— El resto del mes de agosto, oi decir al otro vecino, parece que lo ha pasado la corte en Gijón.

— Es verdad, contestaron. A las seis y media de la tarde del 5 entraban SS. MM. en aquella poblacion, patria del célebre Jovellanos. Todas las casas estaban adornadas de vistosas colgaduras, los buques del puerto empavesados e iluminados por la noche, y en varios sitios alzábanse arcos de flores, de laurel y de ramaje.

Otro arco de arquitectura dórica, superior á todos en magnificencia, brillaba en la entrada de la estacion del ferro-carril. Empleáronse en su construcción 24,000 quintales de carbon de piedra. Terminante trofeos formados con los instrumentos y herramientas que se emplean en las minas y en los caminos de hierro, y en su vano hay una luz eléctrica y á pocos pasos un gran faro de cristal con eclipses y un jardín artificial en que se ven hechas de boj las iniciales de SS. MM. y del príncipe de Asturias.

En Gijón han permanecido los reyes bastantes dias tomando los baños de mar, para lo cual se ha construido una caseta de madera cuyo interior, segun dicen, es un magnífico salon lujosamente adornado.

Una excursion á Avilés y otra á la fábrica de zinc de Arnao en que la reina con notable valor descendió al fondo de una mina de carbon que se extiende por debajo del mar, son las que, juntamente con una expedicion á Covadonga, han entretenido á la real familia en los postreros dias de agosto. En éste último sitio lleno de gloriosos recuerdos han recibido el sacramento de la Confirmacion el príncipe de Asturias y la infanta su hermana, aumentándose los nombres de aquel con el de Pelayo.

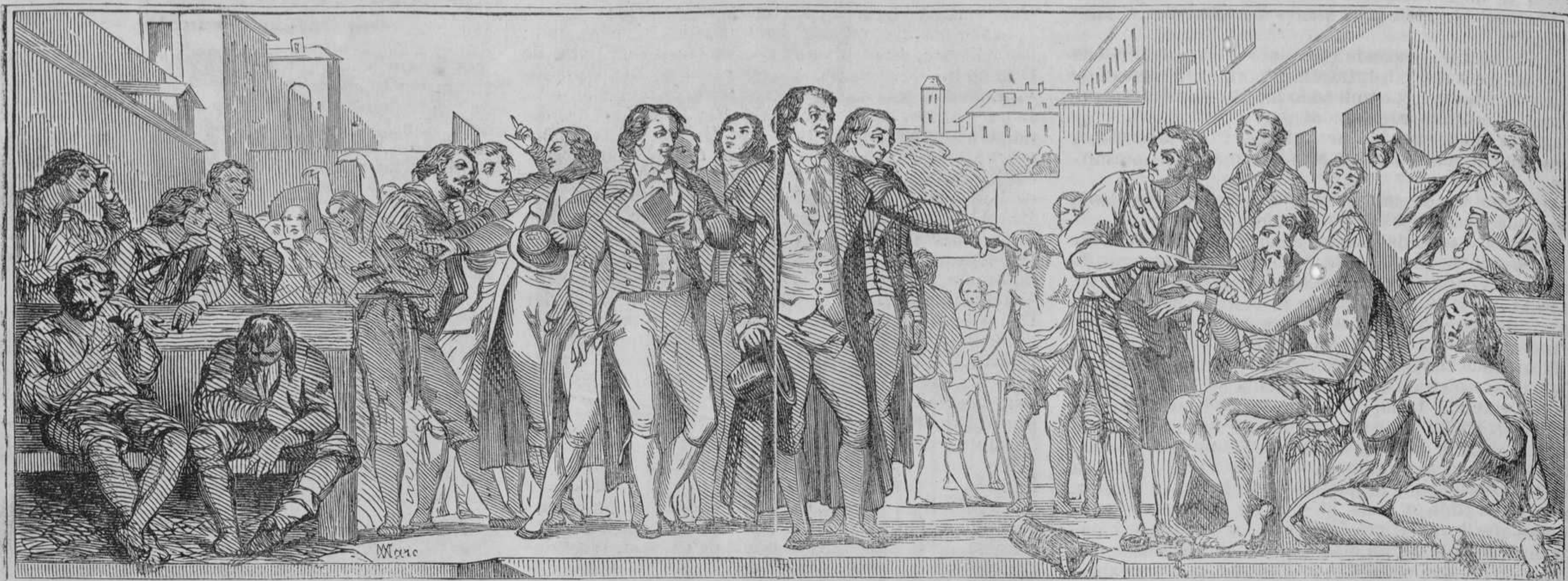
— Varias veces, siguió el otro interlocutor, he oido describir el majestuoso aspecto que presenta Covadonga, y no me pesaria el verlo. Una montaña coronada de hayas y de encinas se eleva á inmensa altura sobre el espectador; en el centro de ella existe la cueva, asilo un dia de Don Pelayo, y sitio donde fué elegido rey, y hoy sepulcro suyo, de su mujer y hermana y de Don Alonso I, cuyo recinto adornado por las verdosas colgaduras que produce la humedad, se contempla á través de una reja de hierro. Por debajo de esta cueva sale el rio *Diva* ó *Deva*, despeñándose desde una altura de noventa piés, y á esta elevacion sobre el mismo rio un balconaje de cuarenta piés de largo ocupa todo el frente de la cueva, sostenido por vigas que solo en su extremidad encajan en la roca. Una pequeña ermita con la imagen de la Virgen suspendida al extremo de este corredor, y la colegiata, edificio que nada tiene de notable, situada al pié de la peña, completan aquel imponente cuadro. Cuéntase que reproducido tal paisaje en el lienzo por un pintor distinguido, hubo personas que lo tuvieron por fantástico capricho del ingenio, no creyendo posible la realidad.

Mientras hablaba de Covadonga el vecino que estaba en el uso de la palabra, volvió al balcon la individua que se habia retirado poco antes. Dolióse mucho de no haber oido las noticias del viaje de SS. MM., y anunció que segun parte telegráfico acabado de recibir, los reyes pasaban las últimas horas de agosto á bordo del vapor *Isabel la Católica*, que los conducia al Ferrol, en cuyo puerto los veria la aurora del 1º de setiembre.

Y por ser ya tarde retiráronse mis vecinos, y yo me encontré sin pensarlo con la revista concluida.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Madrid 31 de agosto de 1858.



EL DOCTOR PINEL, CUADRO POR M. MULLER.

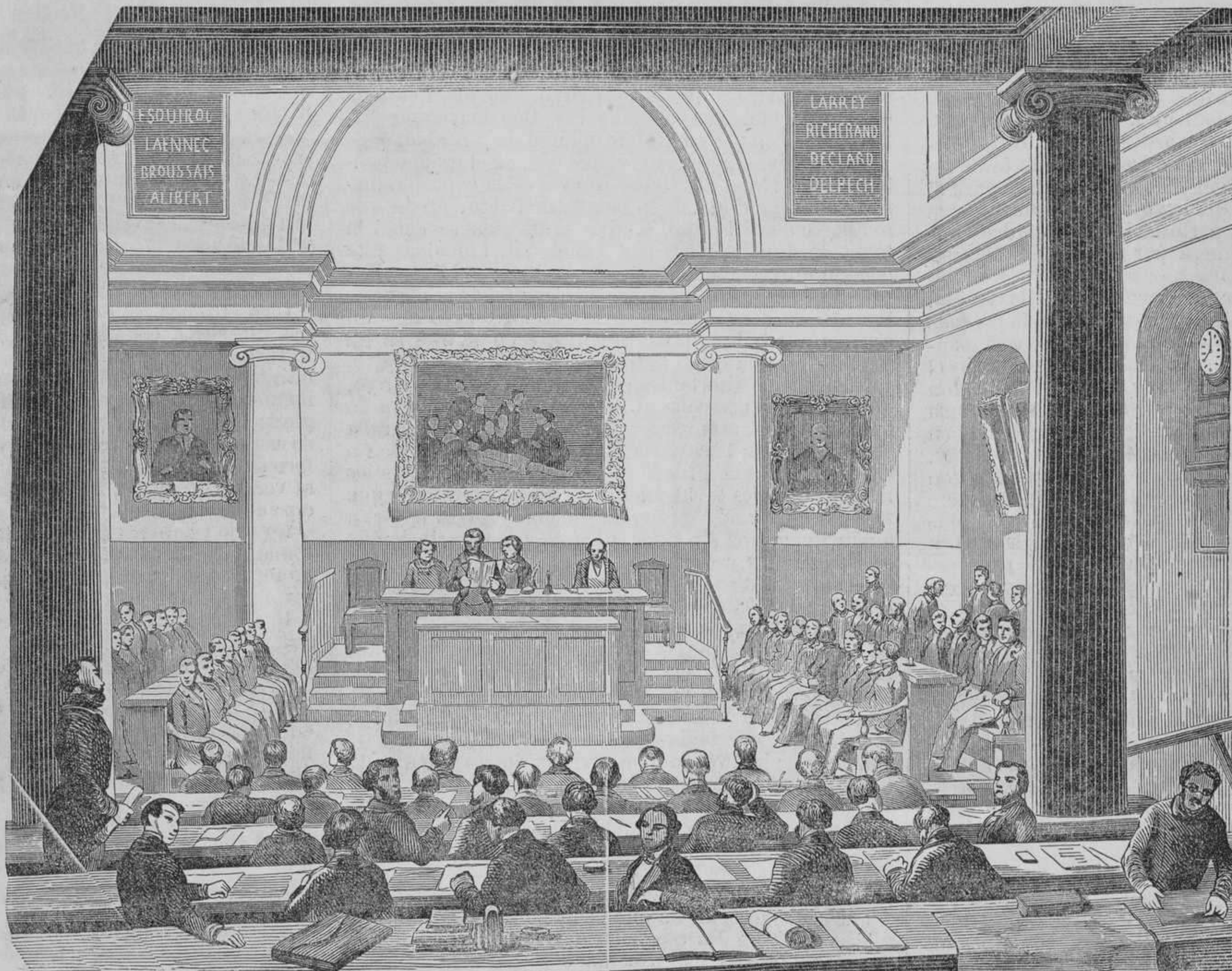
El salon

DE LA

Academia imperial de Medicina
EN PARIS.

Las decoraciones de este salon de la Academia de medicina inaugurado en 1850, pueden resumirse en dos cuadros pintados á la cera por M. Muller, inspirados ambos por una hermosa página de la historia medical. El de la izquierda representa á Pinel mandando quitar en Bicetre los hierros con que cargaban hasta entonces á los pobres locos.

M. S. Pinel nos ha dejado escritos los detalles de este episodio, que es sin contradiccion uno de los mas hermosos títulos de gloria de su padre. — Era, dice, en los últimos meses de 1792; Pinel, nombrado hacia algun tiempo médico en jefe de Bicetre, habia solicitado ya muchas veces, aunque en vano, la autorizacion para suprimir el uso de los hierros con que era costum-



SALON DE LA ACADEMIA IMPERIAL DE MEDICINA.

bre cargar entonces á los locos furiosos.

Por fin tomó el partido de presentarse en persona ante la Comuna de Paris, y allí, repitiendo sus quejas con nuevo ardor, exige la reforma de un tratamiento tan monstruoso.

«Ciudadano, le dice un miembro de la Comuna, mañana iré á Bicetre, y pobre de tí si nos engañas y si escondes á los enemigos del pueblo entre tus insensatos.»

El miembro que hablaba así era Couthon.

Efectivamente al otro dia llega á Bicetre... Couthon quiere ver é interrogar á los locos; le llevan á un departamento, pero no oye mas que injurias ó apóstrofes terribles, y en medio de gritos confusos y de aullidos espantosos, resuena el ruido glacial de las cadenas sobre las losas cubiertas de inmundicias.

Cansado en breve de la monotonía de tal espectáculo y de la inutilidad de sus pesquisas, Couthon



LARREY CURANDO Á LOS HERIDOS EN MEDIO DE LA BATALLA. — CUADRO POR M. MULLER.

se vuelve hácia Pinel y le dice: — Ciudadano, ¿te has vuelto loco también para querer desencadenar á tales animales?

— Ciudadano, responde Pinel, abrigo la convicción de que esos locos son tan intratables porque les privan de aire y de libertad, y empleando medios diferentes, creo que alcanzaré otros resultados.

— Está bien, haz lo que quieras, te los abandono, pero mucho me temo que seas víctima de tu presunción.

Y dueño ya de sus acciones Pinel comienza desde aquel día á plantear el nuevo tratamiento.

Tal es el asunto del primer cuadro de M. Muller. Pinel, seguido de Esquirol, su discípulo, y de otros estudiantes sin carácter, asiste á la operación de quitar las cadenas á los locos. La figura principal carece, según dicen, de parecido, pero se distingue por ese sello de grandeza que es el distintivo del genio.

El segundo cuadro es más notable y tiene más animación; estamos en un campo de batalla de la República: Larrey, sereno y tranquilo en medio de la carnicería y del fuego, recibe el bisturí de manos de un ayudante para amputar el brazo á un herido. A su lado y acribillado de balas se ve uno de aquellos cajones que su genio transformó en hospitalillos ambulantes para el ejército del Rin, y á sus piés yacen muertos y moribundos que llevan al gran cirujano los valerosos soldados de la República. En medio de esas escenas de desolación y de muerte, el rostro de Larrey tiene una expresión de calma sublime.

Otro de nuestros dibujos representa una sesión de la Academia imperial de medicina.



PÓRTICO DE LA EXPOSICION DE TOLOSA.

Exposicion de bellas artes y de industria en Tolosa (Francia).

Las Exposiciones anteriores de la ciudad de Tolosa habian tenido lugar en las casas consistoriales; pero esta vez ha habido un cambio y se ha elegido otro local que M. Pinel, maestro de obras, se encargó de apropiarse al caso. Unos edificios ocupados por una empresa de diligencias y que la villa acaba de recobrar en el peor estado, se transformaron y acomodaron con una rapidez prodigiosa. Forman un vasto paralelogramo rodeado de construcciones de planta baja, excepto la fachada que tiene un piso principal.

La entrada de estos edificios se ha adornado artísticamente con escudos en los cuales se ven los nombres y las armas de las principales ciudades de Francia, estatuas, arbustos y candelabros, palos venecianos y hermosos jarrones. La puerta monumental representada en el primer dibujo tiene un grupo de estatuas que sostienen las armas de Tolosa. Debajo hay una inscripción que indica el destino actual del edificio.

En el interior se han dispuesto diez salas y dos jardines para recibir las producciones del arte y de la industria, habiendo habido que añadir una calle lateral momentáneamente quitada á la circulacion.

Desde la entrada se ve enfrente el gran salon cuadrado, construcción provisional elevada en medio del patio y que separa los dos jardines.

Este salon tiene unos 400 metros de superficie y produce el mejor efecto: á la derecha y á la izquierda se ven en mesas ó á descubierto ó en escaparates, objetos de toda especie, piezas de platería, alfarería de arte, porcelanas pintadas y doradas, instrumentos de precisión, máquinas eléctricas, joyería, relojes, cuchillería,



PINTURA Y ESCULTURA.

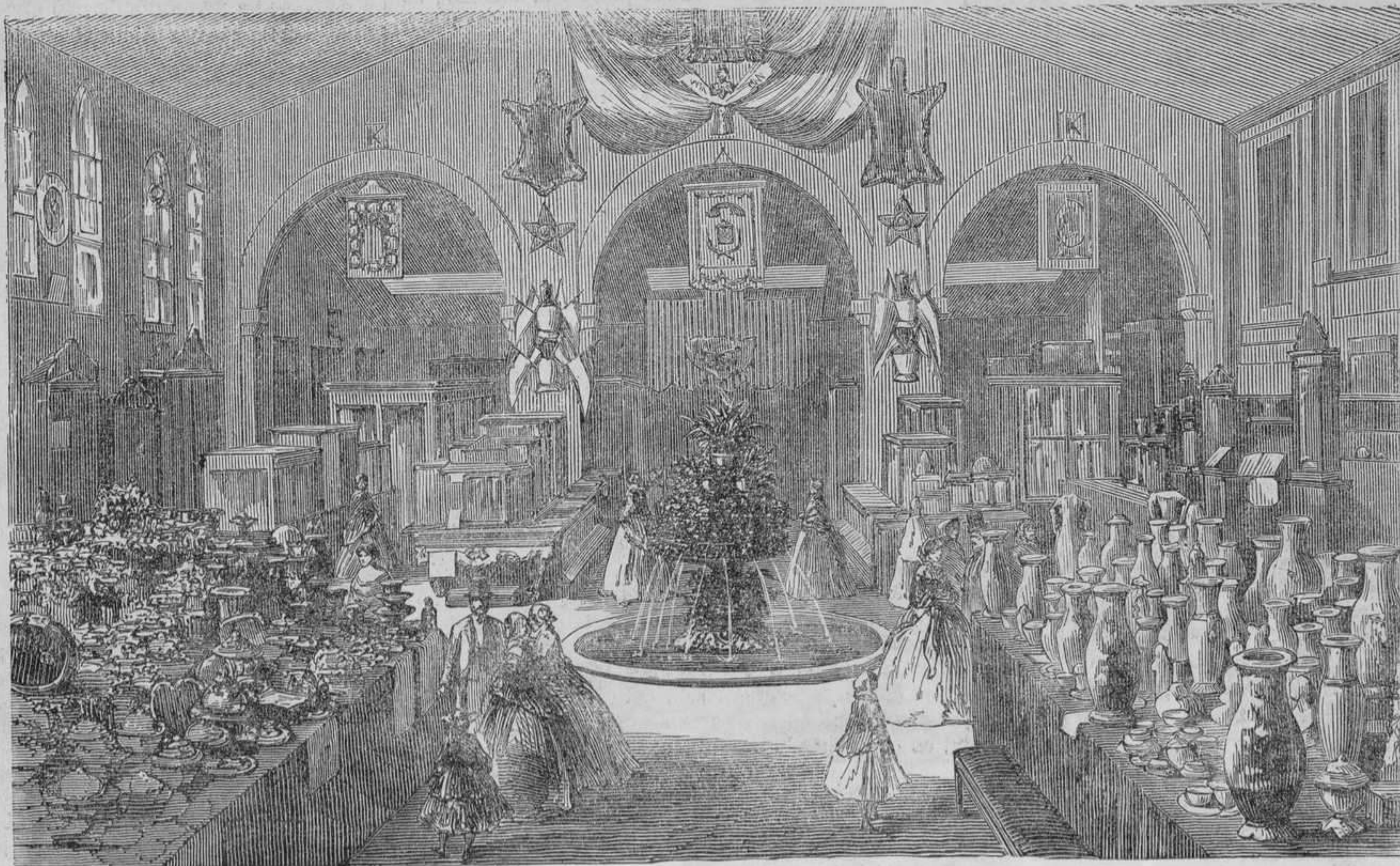


CERÁMICA, HORTICULTURA Y OBJETOS DE FUNDICION.

flores artificiales, sombrerería, modas, etc. Hay mezcla y variedad, pero no confusión en el arreglo; el conjunto es agradable á la vista.

En torno de la sala hay muebles de lujo, estantes de libros, camas, armarios con espejo, aparadores, etc.; y en lo alto de las paredes vidrieras pintadas, alfombras y tapices, espejos de diferentes dimensiones, papeles pintados, etc.

En el centro hay una fuente con un canastillo de flores de donde salta el agua. Por último, en el fondo se abren tres arcos enormes que dejan ver la sala llamada del Organó, donde se descubren además de ese instrumento un dosel magnífico, ornatos de iglesia ricamente bordados, muebles suntuosos y



SALON PRINCIPAL DE LOS PRODUCTOS DE LA INDUSTRIA.

grandes escaparates que encierran gruesas piezas de platería, sederías de Lion y tejidos de Reims; en fin, por todas partes cuelgan telas de seda, telas estampadas, chales, etc., industrias locales muy florecientes. Si del vestíbulo empedrado con muestras de asfaltos y de cemento, se vuelve á la derecha, se entra en la sala consagrada á la pintura y á la escultura, que tiene 35 metros de larga y 10 de ancha, y encierra obras de pintores célebres, hijos del país, como Corot, Decamps, Diaz, de Tournemine, Troyon y otros varios. Los artistas de Lion, Burdeos y Marsella también han presentado cuadros. En medio de la sala hay una mesa con obras de escultura en mármol ó en yeso, estudios académicos, bustos,

etc. Dos altares de estilo romano llenan el fondo de la sala.

La sala siguiente está consagrada en gran parte á las bellas artes, pintura al oleo, dibujos al lapiz, aguadas... En una mesa se ven bronces de arte, estatuillas, relojes, etc.; y luego hay miniaturas, litografías y fotografías. En una de las paredes se ve todo lo relativo al arte tipográfico; en otra hay altares de mármol, de fundición, de carton-piedra, etc.

La sala del ángulo adornada también con dibujos, planos y algunas vidrieras pintadas, está llena de pianos de diferentes provincias. La sala siguiente contiene utensilios y productos pertenecientes á la economía doméstica: hornillos llamados económicos, alambiques, chimeneas, caloríferos, lámparas, etc. Luego vienen las pastas, féculas, almidones, conservas alimenticias, bombones, chocolates, etc.; esto es para las personas de buen estómago; para los enfermos hay productos químicos y farmacéuticos.

Al atravesar en línea recta la sala del Organó, se llega á la de las máquinas, entre las cuales se cuentan algunas muy ingeniosas.—Muchas de ellas están en movimiento por medio del vapor. También se ven allí las maquinillas de coser que tanto llaman la atención de las señoras.

En el jardín están las máquinas agrícolas.

El último salón está destinado á los carruajes. Los obreros de Tolosa empleados en esta industria sostienen maravillosamente su antigua reputación.

Por último, en la calle se encuentran los objetos más abultados, máquinas de vapor, instrumentos aratorios, ruedas molineras, etc.

Dos palabras sobre los jardines. El uno tiene en el fondo un pórtico con grupo de cerámica de una sola pieza, una colección de objetos de fundición, estatuas, candelabros, jarrones, etc.

En medio de este jardín hay una fuente cuyas aguas caen en un gran pilón donde nadan salmones criados por el procedimiento de la piscicultura que enseña M. Coste de la Academia de ciencias. Arbustos y flores completan su adorno.

El segundo jardín tiene también su fuente y hermosos naranjos; se ven en él estatuas de tierra cocida, otra industria local bastante floreciente; bombas, norias en movimiento, y un kiosco de zinc de forma extraña.

En fin, hay una fonda y un café, establecimientos que nunca faltan en las Exposiciones.

Por estos detalles abreviados se puede comprender que la Exposición de Tolosa merece ser estudiada. Según el catálogo hay en las bellas artes 253 expositores, de ellos 75 de Tolosa, que han presentado unas 550 obras. En la industria se han presentado 700 expositores, de ellos 350 de Tolosa, que han expuesto unos 2,000 artículos.

Revista de Paris.

Dos artistas amigos íntimos, el uno pintor y el otro escultor, llevaban en Paris una existencia miserable. Es raro que en la juventud los artistas hagan fortuna, sobre todo en esta inmensa ciudad donde tanto abundan los talentos de primer orden para todas las cosas. Nuestros amigos vivían juntos en una guardilla amueblada con dos sillas cojas, una mesa ídem, y un par de catres de tijera. Media docena de años hacia que entrambos jóvenes confiaban en el porvenir para amortiguar los males del presente, y con efecto, su buena estrella quiso que sus esperanzas se cumplieran. Hé aquí cómo:

Uno de ellos, el pintor, vino á heredar una suma de cinco mil francos, y el día que ingresó en su bolsillo esta cantidad exorbitante, los dos amigos celebraron el hecho en una fonda y comenzaron á edificar soberbios castillos en el aire.

—¿En qué vamos á emplear este dinero? exclamó el pintor; es preciso hacer nuestra fortuna.

—No hay más que un medio, repuso su amigo.

—¿Jugar á la lotería?

—No, seguramente; jugar sí, pero en la Bolsa.

—La idea me gusta, y en cuanto tengamos cien mil francos cada uno, nos retiramos.

—Sí, pero ¿y si se pierden los cinco mil?

—El que no se arriesga...

—Está bien, juguemos. Pero vamos á ver, ¿qué haríamos con los doscientos mil francos?

—Lo primerito pagar al casero.

—¿Y despues?

—Despues pagariamos las otras deudas.

—Unos dos mil francos... ¿qué es eso para dos hombres ricos?

—¡Ah! ¿qué placer no deber nada á nadie!

—No sé, por mi parte quizá no viviría á mi gusto; estoy tan acostumbrado á lo contrario.

—Ya verás con qué facilidad se pierde la costumbre.

—Hagamos una lista de los primeros gastos.

El pintor pidió pluma y papel, y esperó á que su amigo le dictara.

—Muebles elegantes de palisandro.

—No; es un hijo de tendero que se refira de los negocios.

—¿Preferes la caoba?

—Vaya, se conoce que no has nacido para rico.

—¿Qué quieres pues? ¿Muebles de carton?

—¡De carton! ¿Me tomas por un necio? Creo que el tener cien mil francos cada uno no es una razon para decirnos majaderías. Te repito que no has nacido para la fortuna, tu carácter se echa á perder con el contacto del oro; pero yo quiero

conservar mi serenidad en la riqueza. Compraremos muebles de encina esculpida, yo haré los dibujos.

—¿Tú!... En materia de ornato eres un cero.

—Sin embargo, me parece que puedo darte lecciones.

—Sí, sí, haz los dibujos de nuestros muebles, que ya saldrán bonitos.

—No nos enfademos por tan poca cosa. Pasemos á otro asunto. Una vez instalados tomaremos una criada.

—Yo prefiero un hombre.

—Yo una mujer.

—Adelante, tomemos un hombre. Comeremos en la fonda...

—Comeremos, y esto es lo principal, no nos sucederá lo que en el día.

Este diálogo, que parece una escena de comedia de pura imaginación, pero que no lo es, continuó en este tono de contradicción durante una hora.

Los dos amigos entraron en su casa íntimamente persuadidos de que poseían la susodicha cantidad, pero sin hallarse de acuerdo en nada tocante al empleo de su dinero.

La conversacion se agrió de tal manera que los dos amigos llegaron á los improperios y á los insultos.

Lo pagaron los muebles. En diez minutos las sillas y la mesa yacían hechas pedazos por el suelo.

Los vecinos asustados con el ruido se amontonaron en la escalera; el portero entró valerosamente en la guardilla, y pudo contemplar el desorden.

Los dos amigos se avergonzaron de su arrebató, se perdonaron mutuamente y se durmieron.

Al otro día estaban en la Bolsa. Era cuando la baja agonizaba; compraron primas sobre la renta, sobre los caminos de hierro y el crédito moviliario, y se diría que ellos dieron la señal de la especulación de hoy; los valores comenzaron á subir desafortunadamente, y un mes despues, los dos artistas contaban en su posesion más de la suma deseada, esto es, cerca de trescientos mil francos. Su sueño se ha convertido en realidad, de la miseria han pasado á la opulencia.

No se habla de otra cosa en el mundo artístico. Los dos amigos son festejados hoy por los que antes les desdeñaban, y no se tardará mucho en decir en Paris hasta que son dos artistas de mérito.

En la Bolsa se operan estos milagros; pero hé aquí ahora el reverso de la medalla.

Un jóven que se casó hace dos años y disfrutaba de una fortuna regular, ha tenido la desgracia de comprometerla en especulaciones desatinadas; las pérdidas que ha sufrido el mes pasado han acabado de ponerle en apuros.

Su señora posee un aderezo de brillantes de mucho valor, y enterada del estado de la casa, se avergüenza al adornarse con las piedras preciosas.

—Amigo mio, ha dicho muchas veces á su esposo, ¿porqué no vendes los brillantes?

—Porque han sido mi regalo de boda, y quiero que los guardes.

—Sí, pero es una locura conservarlos cuando llevamos una vida de privaciones.

—Vendrán tiempos mejores, amiga mia.

—Y hasta es una mala accion...

—¿Pues?

—Tenemos deudas, y es preciso pagarlas.

—No hay duda, pero has de tener entendido que hoy venderíamos mal el aderezo; los diamantes han bajado mucho, y perderíamos quizá la mitad de su valor. Deja que pasen algunos meses, y entonces veremos.

No pudiendo decidir á su marido á vender las piedras preciosas, la señora, que es una mujer modelo, quiere dispensarse de llevarlas.

Ultimamente en la celebracion de una boda de unos amigos de la casa, se contentó con un adorno de flores naturales.

El marido se puso furioso.

—¿Cómo te has presentado así, amiga mia? la dijo; te he suplicado que lleves lo más á menudo posible el aderezo; es cosa que me importa mucho. Todos los que me conocen saben que he sufrido reveses de fortuna; ¿quieres que lleguen á creer que estoy completamente arruinado?

—¿Y qué mal habria en ello?

—Ninguno, si te parece...

—Mas valdria vender de una vez los diamantes, pagar las deudas, renunciar á la Bolsa, y confesar noblemente que somos pobres.

—¿Locura! Eso seria renunciar á ser ricos nuevamente. Tus diamantes constituyen mi crédito. Si pudieran pensar que los hemos vendido, se acababa mi reputacion... Vamos, ya que hoy no los has llevado, tienes que ponértelos mañana.

—¿Con qué motivo?

—Con el motivo de que los vean y nada más; iremos al teatro de la Opera, y quiero que vayas en traje de baile, y con el aderezo...

La señora tuvo que ceder, y se presentó en la Opera engalanada como deseaba su marido.

Sin embargo, aunque este tiene mucho miedo de que se crea que ha vendido los diamantes de su mujer, debemos decir, que si pudiera, se habria deshecho de ellos hace mucho tiempo.

Si no los vende es porque no son suyos ni de su señora; los puso sí entre los regalos de boda que la hizo, pero no los habia comprado... los alquila.

Vamos á dar cuenta á nuestros lectores de una profecía del ilustre Humboldt relativa á la época de su muerte.

El viernes último la primera sala del tribunal imperial de Paris, juzgaba la apelacion de una sentencia del tribunal de Comercio, en cuya virtud quedaron condenados los herederos de M. Gide, librero editor, á entregar á la viuda Smith las láminas grabadas concernientes á las obras del baron de Humboldt.

M. Plocque, abogado de M. Gide, sostuvo la apelacion, y en el curso de los debates leyó una carta escrita por Humboldt, con caracteres tan diminutos, que costó mucho trabajo sacar una copia.

Esta carta curiosísima, porque el sabio escritor fija en ella la época de su muerte, comienza de este modo:

«Mi querido amigo: ya sabéis cuánto afecto y estimacion me han merecido el carácter y la noble independencia de espíritu de M. Gide. Me lisonjea en extremo su proposicion de publicar mis obras despues de las de M. Arago; pero las grandes agitaciones bajo las cuales nos hallamos aquí por el estado del rey y el principio de una sustitucion del príncipe de Prusia, me privan del gusto de ofrecer mis más cumplidas gracias á M. Gide. Debo esperar un tiempo más tranquilo. Vuestro apoyo literario y la inteligencia con que M. Barral sabria hacer un resumen científico de lo que puede imprimirse *in extenso*, facilitarán la empresa, más útil despues de mi muerte, que tendrá lugar en 1859, en un triste aumento de debilidad...

»...No hay más que un punto importante, punto que se arreglará, según creo, si M. Gide puede adquirir y comprar á M. Smith, cuyo fallecimiento ignoraba yo, el derecho para el cuarto tomo del viaje, si es que puedo escribirle antes de 1859...»

Nos prometemos que el ilustre Humboldt, á pesar de sus ochenta y seis años, y del acierto ordinario que ha mostrado en sus juicios, se habrá engañado en su triste profecía, y que aun despues de 1859 podrá enriquecer los conocimientos humanos con sus útiles obras y con el fruto de sus preciosos descubrimientos.

El tribunal confirmó la sentencia, y fallando sobre el requisito del abogado general, acerca de un incidente que era una cuestion de caligrafía, condenó á 25 francos de multa al alguacil que presentó una copia ilegible de la sentencia.

Hemos recibido de la administracion del Teatro Italiano la lista de los cantantes ajustados para la temporada próxima, con la de las óperas principales que componen el repertorio del teatro. Ya hemos dado á nuestros lectores los nombres de los artistas; hé aquí hoy la lista de las óperas:

Il Barbiere, L'Italiana in Algeri, Semiramide, Otello, Mathilde di Schabran, Zelmira, de Rosini.

La Traviata, Il Trovatore, Rigoletto, Ernani, Macbeth, de Verdi.

Don Desiderio, de P. Poniatowski.

Ana Bolena, Poliuto, Don Pasquale, Lucia, Lucrezia Borgia, Roberto d'Evreux, de Donizetti.

Norma, I Puritani, de Bellini.

Don Giovanni, Le nozze di Figaro, de Mozart.

Marta, de Flotow.

Il Giuramento, de Mercadante.

La apertura tendrá lugar el 1º de octubre, y la temporada se prolongará, como la anterior, hasta el 30 de abril. Los pocos días que faltan para el 1º de octubre se aprovechan en embellecer el interior del teatro.

MARIANO URRABIETA.

A MENCIA.

Huid, recuerdos, de la mente mia,
No vengais mi reposo á interrumpir,
Hartas horas de afán y de agonía
Al corazon habeis hecho sufrir.

¿Porqué me buscais ya, rotas visiones
De un alcázar perdido de ilusion?
¿A dónde caminais como girones
De nubes que desgarrá el aquilon?

¿Quién os abre las puertas de la tumba?
¿Quién os viene del polvo á levantar?
¿La mano dónde está que así derrumba
De vuestra calma el olvidado hogar?

¿Roereis incesantes mi memoria,
Temerosas fantasmas sin color,
Vagos destellos de mentida gloria
Que alumbráis los senderos del dolor?

¡Oh! si fin hallará vuestro destino
En la tétrica voz de mis cantares,
La lira pulsará, mas el camino
Emprendereis despues á otros lugares.

1.

Riendo alegre la esfera,
Jugando el áura perdida,
Vertiendo amor la pradera,
Era una tarde adormida
De la hermosa primavera.

Suspiros hondos mi pecho,
Su belleza al contemplar,
Lanzaba de trecho en trecho,
Entre lágrimas al par
Que elaboraba deshecho.

Que es muy triste al corazon
Verter incesante llanto
Por una muerta pasión,
Sin poder gozar en tanto
Las dichas de otra ilusion.

Donde quiera que los ojos
Indiferentes tornamos,
Airados vibran enojos,
Porque allí solo encontramos
Un bosque lleno de abrojos.

Y es entonces el vivir
Un oscuro calabozo,
Do jamás vemos lucir
El brillante sol del gozo,
Ni las rosas del reir.

Polvoroso un arenal
Que se cruza al albedrío
Con la voz del vendabal
Y entre el fuego del estío,
Sin oír un manantial.

Y quizás esa amargura
Oculto placer mitiga,
Cuando la mente figura
Que nos va á tender amiga
Su mano, la sepultura.

Que no bastan de la tierra
Consuelos entonces, no;
Jamás las heridas cierra
Que en el alma nos abrió
Una vez en cruda guerra.

Su mal solo adormecer
Puede el bálsamo del cielo,
Que á la tierra al descender
Lo miramos con anhelo
En formas de una mujer.

¡Mujer!... cuando mas crecía
Esa tarde mi pesar,
En ráfaga de alegría
Que del cielo descendía
Ante mí la ví pasar.

Y en ella al clavar mis ojos,
Absortos de admiracion,
Lentamente mis enojos
Huían del corazón
Sin dejar leves rastros.

II.

Espléndida vision, perla escogida
En los jardines mismos del eden,
Para adornar tal vez orgullecida
De algun monarca la arrogante sien.

Fantástico vapor que se d'ivisa
Del lejano horizonte en el confín,
Y en las débiles alas de la brisa
Cruza los cielos hasta hallar su fin.

De abril en la mitad, una alborada
Entre lechos nacida de arrebol,
Que al despertar el mundo, su mirada
Pinta en las cumbres encendido el sol.

Estrella arrebatada á la corona
Que circunda la frente celestial,
Y en sus destellos fúlgidos pregona
De la ventura el claro manantial.

Su rostro coloró la primavera,
En sus ojos el mar su azul pintó,
A torrentes el sol su cabellera
Por sus espaldas pródigo tendió.

Artífice sublime, la arrogancia
Consigniera en su talle modelar,
Del álamo en el soto, que la estancia
Donde habita el Eterno va á escalar.

Escúchase su voz en el gemido
Suave y melancólico á la vez,
Que levanta el arroyo desprendido
Con la que presta agosto, languidez.

Es su alma santuario de pureza
Velado con las nubes del pudor,
En corrientes brotando de limpieza
Es su pecho la fuente del amor.

Inspiracion grandiosa de un artista,
Maravilloso engendro de alto Dios,
Cual delante del ábrego la arista
¿Quién juguete de tí no marcha en pos?

¿Has venido quizás de mi existencia
Su entusiasmo perdido á enardecer,
Y entre tus propias manos con violencia
Sofocado á dejar mi padecer?

¿De tu acento la música indecisa
Dolores para mí murmurará?
¿O acaso cada mágica sonrisa
Un nuevo desengaño me traerá?

¿Aurora eres tal vez que en lontananza
Me señala risueño el porvenir,
O lago al parecer de venturanza
Que en su fondo el pesar se mira hervir?

Quien quiera que tú seas, mensajera
De la noche del mal, ó el sol del bien,
Lanzaré tras de tí yo mi carrera,
Cruzando por la tierra con desden.

Estático ante tí contempla el mundo
De magnífico ensueño una vision,
Mariposa gentil que al barro inmundo
Colérico arrastrara el aquilon.

¡MENCIA!... para mí fuente secreta
Que dichas me promete por do quier,
Cadena misteriosa que sujeta
Acaso á su pesar todo mi ser.

Mencia entre la voz del torbellino
Atronando la tierra, sentiré;
Por las ondas de arroyo cristalino
Mencia blandamente escucharé.

Contemplaré tu imágen en los cielos,
Oír tu acento en el sereno mar,
Me prestarán las áuras sus consuelos,
A tí en las flores pensaré yo amar.

ANDRÉS G. DE GAVIRIA.

La playa de Sanlúcar.

Los que buscáis un cielo de plácidos colores,
De sol ardiente y puró, de luna virginal,
Un delicioso viento que murmurando amores
Os hable y acaricie con vuelo desigual;
Los que vivís soñando regiones de armonía,
Mansiones de belleza fantástica, ideal,
Venid adonde luce con mas fulgor el día,
Donde enlazados crecen las vides y el rosal.

Aquí las plantas florecen solas,
Aquí tranquilas vienen las olas
Llenas de conchas y de coral.
Aquí es perfume todo el espacio:
De la natura templo y palacio,
Todo refleja luz inmortal.

Alma, mi alma, dime,
¿Porqué suspiras?
¿Tal vez en esta playa
Sueñas, deliras?
¡Oh pensamientos!
Como se van las hojas
Id con los vientos.

De la extendida playa por la menuda arena
Donde las aguas gimen con expirante son,
Donde el sol mas dorado, la noche mas serena,
Endulzan los pesares del triste corazón,
Mirad de cien hermosas el pié desnudo y breve,
Mirad de sus cabellos la airosa ondulation,
Y el mar que al recibirlas entona blando y leve
Con lánguidos murmullos suavísima cancion.

Ellas mas blancas que las espumas,
Libres cual aves de ráudas plumas
Que el vuelo llevan á otra region;
Nadando rien, juegan nadando;
Las besa el áura que va pasando,
Les dan los cielos su pabellon.

Desplega el ancha vela
Cual fugitivo;
Si tardas, navegante,
Quedas cautivo.
Naturaleza
Irresistible encanto
Dió á la belleza.

Dejando atrás de Córdoba las palmas orientales,
Dejando de Sevilla los olmos y el laurel,
A reclinar te llegas, oh Betis, en corales,
En este de Sanlúcar espléndido vergel.
Su playa te recibe con amoroso seno,
El mar sale á buscarte, su mágico dosel
Te brinda un firmamento magnífico y sereno
Que no oscurece nunca la tempestad cruel.

Playa dichosa, playa querida,
Como la abeja por la florida
Pradera busca rojo clavel;
Así te busca siempre el poeta,
Y de su genio la llama inquieta,
Si antes dormía, despierta en él.

Porque en tí, playa hermosa,
Playa divina,
Es el sol mas fulgente
Cuando declina.
Son mas suaves
Sombras, luces y vientos,
Flores y aves.

Para que nunca fuese que el férvido Oceano
Sañudo te inundara con ondas mil y mil,
Te coronó de rocas la Omnipotente mano
Que guardan el tesoro de tu beldad gentil.
En ellas leen las aguas las sempiternas leyes
Grabadas hondamente con místico buril;
Las escribió quien hizo con un soplo los reyes,
Quien dió existencia al caos y lluvias al abril.

Luego los hombres que te admiraron,
Astro de gloria, luz te llamaron,
Perla sin mancha de polvo vil.
Y en tí fijaron templo y morada,
Y tú seguistes engalanada
Tan hechicera, tan juvenil.

Genios de los placeres,
Parad el vuelo;
Si buscáis bellas tierras,
Este es el cielo.
Cielo que inspira,
Al corazón amores,
Fuego á la lira.

NARCISO CAMPILLO.

En un album.

¿En dónde, niña, responde,
Hallaré mas poesía,
Mas vida, mas alegría
Que en tus ojos? ¡Ay! ¿en dónde?
Ni en la aurora
Cuando su prima luz vierte,
Seductora,
Ni de esa luz en la muerte.
Las flores me dan hastío,
La aurora me causa enojos;
Solo me anima, bien mio,
La luz de tus negros ojos.

Su mirada, no te asombres,
Y el fuego que en ellos arde,
De niños puede hacer hombres,
Y un héroe del mas cobarde.

Y yo mismo
Hasta el abismo bajara,
Si el abismo
Tus negros ojos guardara.
Levanta, niña, la frente,
Verás que de envidia rojos
Ceden ante tu luciente
Mirada, todos los ojos.

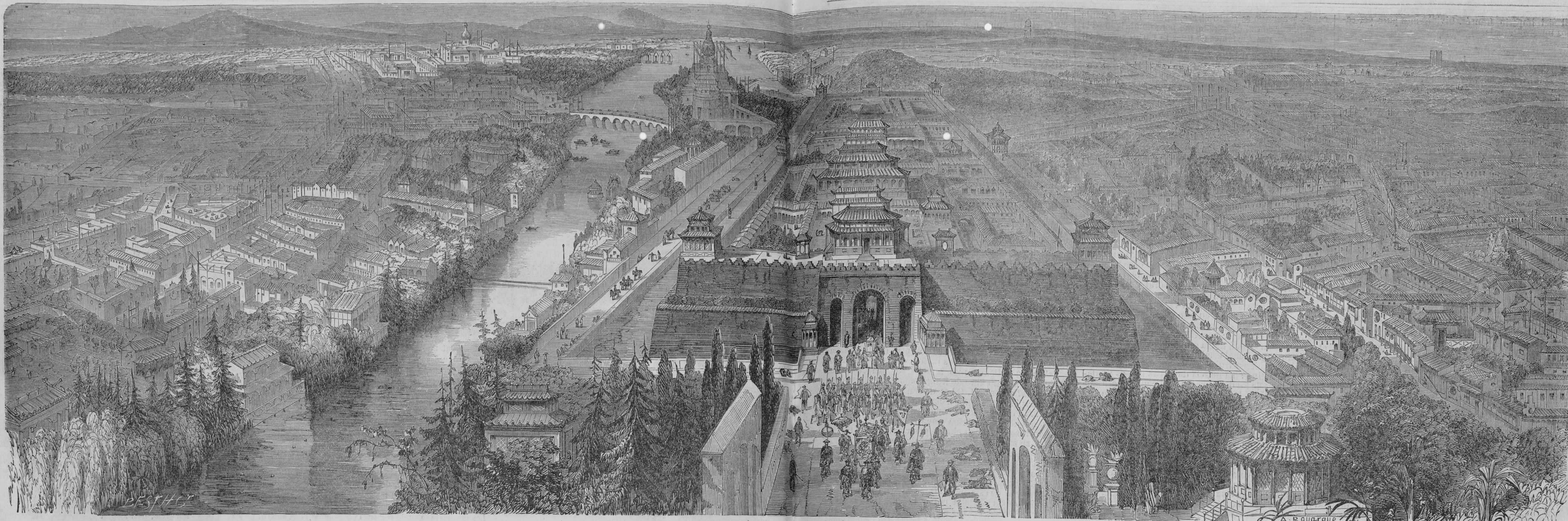
Mas calló; que poco diestro
Soy cuando pulso la lira.
Me falta el divino estro
Que á los poetas inspira.

Y vulgares
Son, niña, aunque tú me animes,
Mis cantares,
Parodia de los sublimes.
Y con estilo vulgar
Y pensamientos tan flojos,
Es osadía cantar
La hermosa luz de tus ojos.

TIBERIUS MAGNUS.

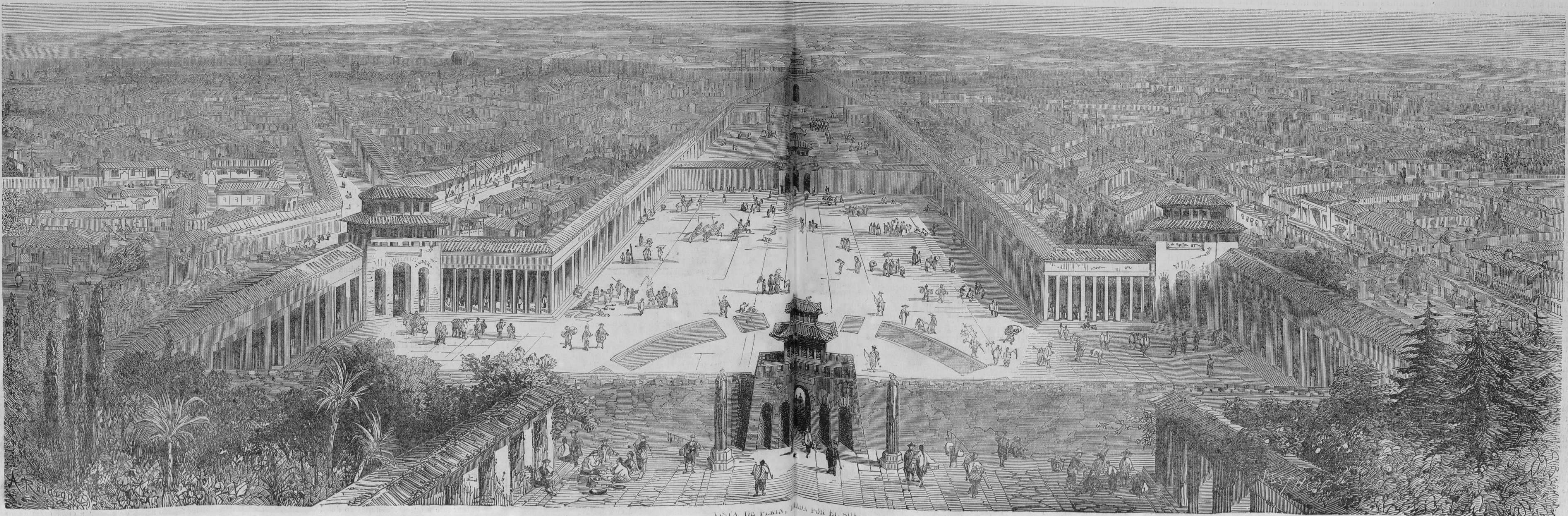
China.

Los asuntos de la China absorben hoy en Europa la atención pública. Por este motivo consagramos una buena parte del presente número á ese imperio que va á dejar de ser un imperio misterioso. En las siguientes páginas hallarán nuestros lectores una vista de Pekin de una fidelidad escrupulosa, y mas adelante encontrarán tambien otros dibujos relativos á los chinos y sus costumbres. Los acompañarán las explicaciones correspondientes; pero antes de llegar á ellas creamos oportuno reproducir un artículo interesante que con el título de *la China y Europa* ha publicado un diario semi-



VISTA DE PEKIN, TOMADA POR EL NORTE.

A. ROUQUET DEL.



VISTA DE PEKIN, TOMADA POR EL SUR.

oficial del imperio francés. Dividiremos pues por capítulos nuestro trabajo.

I.

LA CHINA Y EUROPA.

El telégrafo ha anunciado á Europa la conclusion de dos tratados ajustados en el postrer confin del universo. El emperador de la China accede con el primero á las legítimas reclamaciones de Francia é Inglaterra, y con el segundo cede á la Rusia toda la parte de la Mandchuria situada al Norte del rio Amor, de que habian tomado ya posesion los rusos. Como los plenipotenciarios ingleses y franceses disponian de todos los medios necesarios para atacar á Pekin, y estaba en su mano el dictar la paz en la misma capital del imperio chino, debemos creer como cosa cierta que el tratado en que han puesto su firma es un acto formal, y que se habrá tomado todo género de precauciones para asegurar su ejecucion.

Los plenipotenciarios, que sabian á qué atenerse acerca de la lealtad y buena fe de los mandarines, se habrán aprovechado indudablemente de las lecciones de lo pasado. Los tratados de 1843 y 1846 no se han observado nunca, pues las autoridades chinas, que estaban obligadas á dejar libre entrada á los buques europeos en cinco de sus puertos, establecieron en ellos una aduana rigurosa destinada á imposibilitar todas las transacciones, se observaron con no menos mala fe las garantías estipuladas por Francia en favor de los cristianos, y la astucia y la perfidia anulaban en todo el imperio las concesiones que les habia inducido á otorgar el miedo. Seria por lo tanto imperdonable que los plenipotenciarios hubiesen omitido todo cuanto pudiese dar márgen á que se repitieran tales fraudes, y el texto del tratado, que no puede tardar en llegar á Europa, será á no dudarlo suficientemente categórico y explícito para desvanecer todas las sutilezas de la diplomacia asiática.

Como fuera ocioso hacer cualquiera otra conjetura acerca de las cláusulas de un tratado cuyo contexto ignoramos aun, nos circunscribiremos únicamente á llamar la atencion sobre el hecho de su conclusion, que es en verdad un triunfo de la civilizacion contra la barbarie. Si hacemos abstraccion por un momento de la superioridad que dan á la raza europea las antorchas de la fe y de la ciencia, forzoso es confesar que todas las probabilidades estaban en esta guerra en contra de las naciones occidentales, porque tenian que operar en un pais desconocido, dejando en pos de sí todos los buques de guerra cuyo calado era demasiado considerable para entrar en el Pei-Ho. Francia é Inglaterra han impuesto la paz al soberano de 400 millones de hombres con cuatro ó cinco mil soldados y media docena de cañoneras. La ciudad de Tien-Sin, á donde llegaron los plenipotenciarios, tiene de setecientos á ochocientos mil habitantes, y Pekin mas de un millon; y sin embargo, Tien-Sin se rindió ante la vanguardia de los aliados, los plenipotenciarios han gozado allí de tanta seguridad como en Calcuta ó Pondichery, y si estos hubieran querido llegar hasta Pekin, los almirantes estaban prontos á conducirlos y hasta introducirlos en el palacio del emperador.

Tan gloriosa empresa se ha llevado á cima á tres mil leguas de Francia é Inglaterra, en un pais á donde no se puede llegar sino tras cinco meses de navegacion, lo cual demuestra que la lejania no es una proteccion en este siglo en que el vapor y la electricidad han transformado todas las condiciones de la fuerza y el poder, que no basta ya en el dia reunir millones de hombres para tener soldados, y que se puede cubrir el mar de buques sin tener una escuadra. Francia é Inglaterra reunidas no igualan en poblacion ni en territorio á la menor de las provincias chinas; y sin embargo, cualquiera de ellas conquistaria fácilmente la China, lo cual consiste en que su poder no es tan solo incomparablemente superior al de aquel inmenso imperio, sino en que tan irresistible es de lejos como de cerca, y que no hay distancia que ponga al abrigo de sus armas al enemigo que intenta atacar. No será necesario repetir con frecuencia lecciones como la última guerra de China para convencer á las naciones bárbaras de Oriente de la inutilidad de una lucha contra las naciones civilizadas.

Los resultados de esta guerra son tanto mas plausibles en cuanto la derrota será provechosa para los vencidos, pues las naciones occidentales no han intentado arrebatarse al imperio ninguna de las condiciones de su fuerza, engrandecimiento y prosperidad, sino que únicamente se han propuesto que se desenvuelvan claramente y con toda libertad las relaciones que existian ya subrepticamente y á despecho de mil trabas. El Occidente proporcionará en estas relaciones que establecerá el comercio y que serán tan provechosas para unos como para otros, además de su parte, los beneficios de la civilizacion, porque no es posible que un pueblo tan inteligente como el chino permanezca mucho tiempo en contacto con una raza mas civilizada, sin apreciar ni tratar de apropiarse todas las ventajas que nos asegura la superioridad de nuestras artes, ciencias y conocimientos, y China hará mas progresos cuanto mas fecundas sean las relaciones de Oriente y Occidente, y mas se desvanescan las probabilidades de un nuevo choque.

Francia, fiel á las gloriosas tradiciones de su política, habrá estipulado indudablemente en favor de los cristianos indígenas y de los misioneros. Nuestro comercio en los mares del extremo de Oriente es aun insignifi-

cante, y aunque se centuplicase, estaria muy distante de competir con el de Inglaterra; pero no abrigamos la envidia, ni nos quijamos de nuestra parte, porque si, como tenemos derecho á esperar, da esta guerra el resultado de asegurar en Oriente el respeto á la fe cristiana, la cosecha de los apóstoles de Jesucristo se aumentará con cada uno de los progresos de aquellas razas bárbaras, y se perpetuará en los pueblos atraídos á la fe un sentimiento de piadosa gratitud hácia la Francia. De este modo, y por medio de una influencia moral, llegaremos á equilibrar el ascendiente que Inglaterra exige á los intereses nacionales.

La guerra de China no es para Inglaterra mas que un negocio mercantil, y las balas de sus buques y la sangre de sus soldados son un adelanto de capital que compensará muy pronto una baja correspondiente en el valor del té y la seda en rama; de tal suerte que lo que mas llama la atencion de uno de los principales periódicos de Londres es que la noticia de la paz haya llegado á Europa por San Petersburgo, y que los partes del almirante Putiatine hayan cruzado en cincuenta dias tan solo la distancia que media entre Pekin y la corte del Czar. ¿Cómo es que la Rusia posee una comunicacion directa y rápida con la China? pregunta el diario inglés; ¿qué camino ha podido seguir el correo ruso?

¿Ignora pues el *Times* que existe una carretera postal entre Moscou y Nicolaiéff, en la desembocadura del rio Amor, al través del camino del Oural y los bosques de Siberia, carretera convenientemente conservada, con paradas bien provistas, que han recorrido viajeros ingleses, y en la cual hacen en caso necesario cien leguas por dia los correos y elevados funcionarios rusos? ¿Ignora que el gobernador general de la Siberia oriental, el general Mourawieff, habia reunido á orillas del Amor un ejército con el cual estaba pronto á marchar hácia Pekin si se hubiesen frustrado las negociaciones del almirante Putiatine? La noticia de la paz no nos ha llegado al través de los desiertos del Asia central: el almirante Putiatine la habrá enviado por medio de un vapor, como sus partes anteriores, hasta la boca del Amor, y un correo de gabinete la habrá trasladado desde aquel punto hasta Moscou.

Es cierto sin embargo que el 20 de agosto se tenian en San Petersburgo noticias de Pekin del 27 de junio, en tanto que las de Londres en 25 de agosto solo alcanzan al 4; lo cual equivale á decir que San Petersburgo se adelanta un mes completo á Londres, y que los comerciantes rusos podrian saber un mes antes que sus competidores ingleses el alza y baja del té y de la seda. En esta diferencia se encierran todos los elementos de una competencia desastrosa para el comercio británico, por cuya razon pide el *Times* que se ponga remedio sin tardanza. Conviene ocuparse inmediatamente en establecer una línea telegráfica que atravesase el Egipto, el mar Rojo, la India y los dos mares que la bañan, y que llegue á Hong-Kong por Singapore, porque hace diez y ocho meses que la guerra de la India está llenando de ansiedad á millares de familias, impacientes por saber la suerte de un hijo, un hermano ó un esposo, y aun está por discutir por dónde pasará el telégrafo que ha de poner la India en comunicacion con Inglaterra. Pero habiéndose demostrado que la Bolsa de San Petersburgo puede saber antes que la de Londres el estado de los precios de los té y de las sedas, todas las rivalidades deben enmudecer, debe cesar toda incertidumbre, y no hay que perder un instante hasta lograr que un cable telegráfico recorra las dos terceras partes del globo.

Seremos los primeros en aplaudir que Inglaterra enlace á Pekin con Londres por medio de un telégrafo eléctrico, pero que nos permita tan solo el *Times* que le hagamos la siguiente observacion. El dia que sea completamente libre el comercio con China, ¿quién impedirá que las mercancías sigan el camino que ha recorrido el correo? Aunque en vez de cincuenta dias empleen ciento en recorrerlo, el camino por tierra se adelantará dos meses á la navegacion. Agréguese á esto que el té es una de las mercancías que en corto volumen tienen un valor considerable. ¿Los negociantes ingleses remitirán sus mercancías en alas del telégrafo? Para precaver la competencia que ven de tan lejos los periódicos ingleses, lo mas esencial seria por consiguiente abrir al comercio europeo una comunicacion mas rápida y corta hácia el Oriente. Ahora bien; solo hay un medio para conseguirlo, y en el cual se resiste á creer el *Times*, y es cortar el istmo de Suez.

Si para establecer una comunicacion eléctrica tan beneficiosa para el comercio inglés entre los Estados Unidos é Inglaterra ha sido necesaria la iniciativa de los americanos y la cooperacion de su gobierno, será preciso el temor de la competencia para determinar al inglés á permitir que se realice una empresa esencial al engrandecimiento político y mercantil de Inglaterra. Pero que crezca algo mas la alarma en la Cité de Londres, y veremos cómo Inglaterra es la que con mayor ardor reclama la abertura del istmo de Suez y ofrece la cooperacion de sus ingenieros y capitales. Un próximo porvenir nos reserva esta leccion, y el Occidente, así como todos los pueblos orientales, habrá debido á la guerra que acaba de terminar un saludable ejemplo y un nuevo manantial de prosperidad.

II.

PEKIN.

Pekin aparece de lo alto de las montañas que le rodean por el lado de la Tartaria, ofreciendo el aspecto

pintoresco de una selva de árboles variados en forma y en color. El único monumento notable que llama la atencion del viajero es el imponente recinto de sus fortificaciones, cuya apariencia sombría parece prepararle á recibir emociones misteriosas.

Después del viaje mas largo y mas cansado que puede hacer el hombre en el mundo (por la Rusia y la Siberia), se llega á los pies de esos muros, sin adivinar la menor cosa del interior de esa ciudad inmensa, morada del jefe que tiene á su cargo el imperio mas vasto y mas antiguo del mundo, y cuyo palacio forma el objeto principal de la primera vista de nuestro panorama, puesto que se encuentra en el centro de la ciudad tártara.

El nombre mismo de Pekin parece ser ignorado á medida que se adelanta el viajero hácia la capital; la ilusion no puede ser mas completa.

Desde que Nankin dejó de ser la capital del Sur, Pekin es llamada por los chinos *Tsing-Tching*, ó *Chun-Thian-fu*; los tártaros tsakhars, mongoles y mandjures, que se encuentran en muchedumbre por el camino, la dan otros nombres.

En medio de la estabilidad aparente del imperio, Pekin es teatro de numerosas revoluciones. Esta ciudad, cabeza de ese cuerpo inmenso que se extiende de las orillas de la Corea hasta las riberas del mar Caspio, y de las montañas de la Dauria hasta el mar de las Indias, esa capital de una nacionalidad que ha sido contemporánea de los asirios y de los medos, la rival de los tirios y de los persas que asistió en pie á las grandezas de los romanos, y vió pasar sus funerales, ha sufrido muchas metamorfosis y muchas catástrofes. Si se halla inscrita en el libro de oro de las ciudades al lado de Babilonia, de Sidon, de Tebas y de Menfis, su historia está inscrita en caracteres de sangre por los príncipes tártaros cuyas usurpaciones trastornaron y corrompieron los establecimientos políticos y morales de los sabios de la nacion.

Pekin, en el tiempo mas remoto que aparece en los anales, llevó el nombre de King; bajo la dinastía de los *Teheu* (1017 antes de J. C.) el de Jen; y se llamó Xaugko cuando los *Tsin*, y *Xunthien* cuando los *Song*.

En 1123 Pekin fué tomada por los mandjures que reinaron después en la China setentrional. En 1215, Gengiskhan hizo de ella su ciudad principal de camino, y Hubilai, su sucesor, estableció en ella su corte.

El emperador *Hung-Wu*, de la dinastía de los *Ming*, fué el primero que dió á la ciudad el aspecto que presenta hoy.

En 1437 trabajaron en revestir de ladrillos las murallas, que antes de esta época eran de tierra.

La caída de la dinastía china fué señalada en 1644 por el saqueo de Pekin; en la noche del 15 de abril, cuando el emperador se suicidó sobre el *King-chan*, montaña artificial que se ve detrás del palacio imperial, y que es uno de los puntos de vista mas hermosos que hay en la ciudad, se prendió uno de los incendios mas formidables que se han visto en el mundo. Las montañas de la Tartaria, que están á cinco leguas, se enrojecian con las llamas que devoraban el palacio imperial; toda la llanura del Petcheli estaba alumbrada; el fuego ondulaba como una mar sobre esa ciudad, toda ella de madera pintada, de cañas de bambú, de laca dorada, de papel barnizado y de cortinajes de seda. En medio de las claridades ardientes de la inmensa capital incendiada se distinguía un convoy que dicen tenia diez leguas de largo, cargado con las riquezas robadas en los palacios por orden del traidor *Li-chi-tsing*.

En 1662 un terremoto mató en Pekin á 300,000 personas, y setenta años después perecieron 100,000 habitantes en igual catástrofe.

Como todo tenia su razon de ser en la China, y como todo se encadenaba en ella á preceptos dictados por la sabiduría de ciertos filósofos y consagrados por los siglos, la arquitectura tenia sus reglas, sus proporciones invariables; así lo que mas llama la atencion en Pekin es el modo de construir con madera y ladrillos formando un solo piso.

Esta regla está deducida de la frecuencia de los terremotos, pero no implica la uniformidad; nada es al contrario mas variado que el interior de las ciudades chinas. En cuanto se sale de la humilde esfera de las casas del pueblo, la variedad en las construcciones es una progresion de grandeza, de elevacion y de ornatos, segun el grado de dignidad ó de importancia de los mandarines, de los grandes, de los príncipes y de los tribunales. Los edificios de los tribunales se miden por la extension de su autoridad. Hay un libro en donde se articulan con precision todas las dimensiones y gastos. La ley determina cuántos miles de ladrillos y de tejas debe tener el tribunal de un mandarin de primera ó de segunda clase.

Un millonario puede elevar pabellones con barras de oro ó de plata en el interior de sus jardines, pero la puerta de su casa anunciará quién es, y no se alzeverá á levantarla en proporciones equivalentes á una categoría mas alta que la suya. Es una gran adicción para un hombre que se ha enriquecido; pero la ley es inflexible, y en ciertos casos busca con detencion cuáles son las causas de esa fortuna rápida.

La casa del hombre ó pueblo no tiene columnas; la de un letrado solo tiene tres de fachada con la galería. El gran mandarin tiene cinco, el príncipe siete, y solo el emperador tiene nueve; los dobles pisos no se hallan mas que en el parque de *Yuen-ming-yuen* (el jardin de verdura perpetua), que está á dos leguas de Pekin. El emperador está sometido á la ley como el pueblo. Todos los cuerpos de habitacion de su palacio en el centro de la ciudad tártara son de un solo piso, y todas sus dimensiones, ornatos y colores están determinados; las

tejas de los palacios imperiales son amarillas, las del palacio de los príncipes son verdes, y las de las casas ordinarias azules ó grises.

En los arrabales lo mismo que en Pekin no se ven esos soberbios edificios cuya hermosura y magnificencia suelen ser exteriores. Los edificios están cercados; cuando está abierta la puerta, el ojo no descubre más que los *taoping*, especie de biombos de piedra con salidas á los lados que, mediante sus formas ó pinturas, denotan la majestad de un templo ó de un tribunal.

Se llega á las puertas de la ciudad por un ancho camino cubierto de losas de piedra y con sauces plantados á los lados; el riachuelo de *Kao-liama-ho*, que sale de los parques del palacio de recreo de *Hui-tien*, sigue el camino hasta la entrada del arrabal occidental, y en todo su curso se encuentran muchos pescadores.

La posición de Pekin en medio de una vasta llanura cubierta de sembrados y con bosquecillos de avellanos y cipreses, la vista de los templos con techumbres relucientes y originales, los pintorescos monasterios de los bonzos y los cementerios, el movimiento de tanto vehículo de formas primitivas que transportan hortalizas, ó el arack de Mongolia, ó la manteca de Mukden para la corte, las muchas sillas de mano, las largas filas de dromedarios cargados de mercancías de Rusia, ó procedentes de las diferentes comarcas de la Mongolia ó del país de los Mandjures, la variedad de trajes de esa población ambulante, todo eso previene agradablemente al viajero que se acerca á la capital de la China.

Las diez y seis puertas de Pekin se parecen todas; son torres de dos pisos con tejas azules. Tienen altas bóvedas; cuando se ha atravesado una de ellas se encuentra una plaza de armas donde hay un puesto de tropas imperiales y otro de aduaneros y de policía para los pasaportes (*pioo*); luego se atraviesa otra bóveda, despues de la cual se distinguen á cada lado de la puerta cuevas en declive suave para que pueda subir la caballería á las murallas.

Estas murallas almenadas interiormente y cuya altura es de 15 metros en la ciudad tártara y de diez en la ciudad china, tienen diez metros de ancho. De las 16 puertas nueve pertenecen á la ciudad imperial ó tártara, y las siete restantes á la ciudad china.

Las dos puertas del Norte se llaman, una, *Puerta de la exaltación de la virtud*, y solo se abre para la entrada de las tropas victoriosas; la otra es la *Puerta de la paz duradera*. Las puertas del Oriente se llaman, la primera por el Norte, *Puerta directa de Oriente*, la segunda *Puerta del sol saliente*, la tercera, *Puerta del ángulo oriental*, y la cuarta *Puerta del gran canal*. Al Sur de la ciudad china están, la *Puerta izquierda de la paz*, la *Puerta de la constancia eterna*, y la *Puerta derecha de la paz*. Por el lado de Occidente, la primera subiendo al Norte es la *Puerta del perfecto reposo*; la segunda la *Puerta del ángulo occidental*, y la tercera, la *Puerta directa de Occidente*.

Las tres puertas que van de la ciudad tártara á la ciudad China, la del centro, por donde sale el emperador para ir á la ceremonia de la labranza, se llama *Puerta de la exaltación de la virtud*; la del lado de Oriente la *Puerta de la sabiduría de los respetables letrados*, y la otra al Occidente *Puerta de la gloria militar*. En casi todas ellas se encuentran asnos y mulas para dar vuelta á las fortificaciones, á dos reales la hora. Las murallas tienen ocho leguas de circunferencia; en los ángulos hay pabellones de dos pisos como en las puertas; cañones sin número presentan sus bocas abiertas... en pintura.

Se cuentan en Pekin setecientos templos ó monasterios, cuya descripción ocuparía muchos volúmenes. Uno de los mas famosos es un templo budhista donde los sacerdotes, que son trescientos, se hallan en contemplación perpetua relevándose de noche y de día. Se sientan á los piés de las columnas en una especie de pedestal de mármol blanco; los mas jóvenes se sientan en las losas á lo largo de las cuatro paredes del templo.

Los palacios de los príncipes ó *wangs*, de los ministros del *Ta-tu* ó gobernador de la ciudad, son tan numerosos como los templos; su arquitectura de columnas es agradable á la vista, pero la mayor parte de ellos están cerrados ó velados por el follaje de los jardines, de modo que no embellecen las calles.

Sin embargo, Pekin ofrece ocho aspectos maravillosos, y uno de los principales es la isla de Mármol señalada en el primer dibujo por un obelisco blanco llamado *Pailha*. Tiene cinco palos delante para enarbolar banderas en los días 1º y 15 de cada mes. Esa isla es una montaña elevada con la tierra que se sacó para formar el lago que se extiende de la muralla del Norte á la muralla meridional de la ciudad imperial. No es posible pintar los efectos pintorescos que se descubren á cada paso cuando se suben los senderos que llevan á la cumbre. Inferiores en el arte de la pintura segun el arte europeo, diríase que los chinos han transportado el arte á otro terreno, y que emplean su genio no en causar ilusiones como las de la pintura, sino en combinar situaciones, en crear sorpresas á la imaginación, en embargar los sentidos, en dramatizar la existencia, en hacer de un rincón de tierra una novela, una epopeya, en subyugar la inteligencia con la aplicación del arte á la ciencia de la arquitectura, á todas las partes de la arquitectura, de los fenómenos de la física y la química, multiplicando así todos los recursos del saber humano en provecho de un arte que se encuentra en la infancia en lo restante del mundo.

En los huertos que adornan la montaña (*Pailhasse*), se notan mil aspectos diferentes; por todas partes hay artificios, los ojos se recrean en un jardín encantador mientras se respiran los olores mas suaves. A pocos pa-

sos rocas pendientes de un hilo amenazan desplomarse, cavernas oscuras resuenan con ruidos subterráneos como si la tierra estuviera á punto de abrirse sobre un mar interior; impetuosas cataratas asustan con su estrépito.

Pero en breve se hechiza el oído con las mas suaves melodías; el aire á través de las hendiduras de las rocas dispuestas con arte, las campanillas que agita el viento con arreglo á un diapason graduado, y cuyas notas corresponden cada una á un pensamiento del alma (segun las inscripciones), componen una armonía que seduce, cautiva y traslada al corazón á la region etérea de los sueños.

Cuando se está en la cumbre se disfruta de un magnífico panorama: por un lado el palacio imperial con sus techumbres brillantes, con sus vastos patios y sus jardines particulares; por el otro el lago de oro, *Kinhay*, y sus márgenes cubiertas de templos y de kioscos envueltos por todas partes en masas de verdura de todos matices, como se ven en el número 1º de nuestros dibujos.

Diríase que los jefes de ese imperio han tratado de multiplicar sus gozos, pero no ha sido así. Cada uno de esos retiros situados en medio de grandes parques, están consagrados al estudio y á negocios especiales; de modo que un trabajo debe suceder á otro en el seno de paseos deliciosos. En el verano y en el invierno el emperador se levanta á la una de la madrugada, y su primera visita es para su madre, ó para rendir homenaje á su tablilla si su madre ha muerto. Antiguamente, estaba en esa tablilla de laca el retrato, pero hoy solo está el nombre; delante de ella se evoca el espíritu de la persona difunta. Los ministros se reúnen á las tres y esperan á que el emperador llegue á presidirlos. En ese imperio donde el trabajo es una ley de estado y de moral, el jefe da el ejemplo.

La religion tiene tambien sus horas, pero es mas especulativa que ascética. Reina la mayor tolerancia en el palacio; la emperatriz que era de la religion chamana, no dejaba de ir un solo día á un edificio consagrado á su culto en el ángulo izquierdo del palacio.

Los ritos consisten en sacrificios al cielo y á los *ongots*; al cielo considerado como poder del mundo, á los *ongots* considerados como espíritus ó almas de ciertos hombres que han hecho mucho bien durante su vida, y que despues de su muerte han seguido velando por la felicidad del género humano.

Los sacrificios son diarios y mensuales. Los primeros tienen lugar por la mañana temprano y por la tarde; por la mañana invocan tres *ongots*, dos de la India y el otro de la China. La tarde se consagra á otros diez *ongots* que son tonguses. El ritual consiste en colocar por la mañana delante de las imágenes de los tres *ongots* tres copas que contienen perfumes, tres copas llenas de agua clara y pastelillos. El sacerdote canta una plegaria acompañada de *balalwika*.

Durante esta plegaria y antes del sacrificio, quitan de la tablilla las tres copas de agua, introducen al animal que debe ser inmolado, y cubren con un velo las tres imágenes de los *ongots*. Cuando el sacerdote termina su cántico, derrama el agua en las orejas de la víctima que degüellan en seguida. La ceremonia concluye con otra plegaria.

Otra de las bellezas de Pekin es el jardín de los plátanos: se halla cubierto de árboles frutales y de arbustos olorosos, en medio está el pabellón llamado el *viñetillo de otoño*, que se divide en cuatro partes rodeadas de agua. El emperador en sus horas de ocio se pasea en esas aguas en su yacht, y en el invierno acude á ver patinar á los soldados, á quienes recompensa segun su habilidad.

Los cinco pabellones que se distinguen en el fondo del lago, constituyen tambien una bonita vista; sus contornos son encantadores; tienen en perspectiva el templo consagrado á la primera emperatriz que cultivó la seda, y están destinados á los baños de las princesas en el verano.

Si del palacio imperial que está rodeado de fortificaciones y que se llama *Tseu-king-tsing*, ciudad prohibida, y de sus jardines, rodeados de una pared encarnada con tejas amarillas, cuyo recinto todo lleva el nombre de ciudad imperial, pasamos á la ciudad propiamente dicha, *Nei-tching*, vemos dos grandes calles adornadas con arcos de triunfo, *Phai-leou*; estas calles tienen veinte y cuatro pasos de anchas, y ambas están llenas de hermosas tiendas; unos palos de los cuales cuelgan carteles de seda y de variados colores, anuncian el género de comercio, así como las virtudes de las mercancías y del comerciante. Estas calles están siempre atestadas de gente.

Lo que da á las vías públicas en la China tanta variedad y animación, es que los industriales trabajan poco en la casa que habitan, todos ejercen su oficio en la calle, por manera que se ve al bonzo mendigar al lado del cómico, al confitero junto al tabaquero, al zapatero con el cambista; el boticario vende sus ungüentos al lado del fondista.

Hay barrios destinados á especialidades; pero la industria ambulante hace una concurrencia temible á las tiendas y á los almacenes. Son infinitas las profesiones que se ejercen en una de las grandes calles de Pekin. No hay pueblo mas ingenioso que el chino para crear un estado; es verdad que está prohibido mendigar, si no es para los conventos.

No dejaremos esta primera calle de la ciudad tártara sin decir que es ante todo militar. Antiguamente pertenecía toda ella al ejército, al que le fué dada por los primeros emperadores de la raza reinante dividiéndola en barrios; pero estos barrios no existen ya mas que de

nombre. Los militares cedieron lo que les pertenecía á los mercaderes. Sin embargo, la designación existe todavía; así los 80,000 hombres de tropas tártaras alojados en la ciudad se señalan aun por el nombre del barrio que ocupan. Al Norte la bandera amarilla, luego la amarilla con orla; al Oeste la bandera blanca y la blanca con orla; mas abajo la bandera encarnada y encarnada con orla, y por último la bandera azul y azul con orla.

Toda la guardia nacional de Pekin conocida con el nombre de *sian-iung*, está bajo la bandera verde; pero solo se emplea en guardar las barreras por la noche. Los emperadores tártaros han alejado á los chinos de los estudios militares, á fin de conservar la supremacía de las tropas mandjures sobre las poblaciones sumisas de la China.

El número 2 del panorama representa la vista del fin de la ciudad tártara, donde puede distinguirse á lo lejos por la izquierda el convento y la iglesia de la misión rusa, y por el lado derecho lo que queda de la antigua catedral católica de Pekin no lejos de los muros de fortificaciones que separan la ciudad tártara de la ciudad china; enfrente de la vista general de la ciudad chiuva se dirige la escolta del emperador yendo al *Thian-than*, templo del cielo, uno de los mas vastos de la capital.

La puerta principal que conduce á la ciudad china es la del Mediodía. El arco del centro es para el emperador; el pueblo pasa por los pórticos del Este y del Oeste. Una calle derecha, muy ancha y empedrada atraviesa la ciudad china del Norte al Sur; toda ella está llena de tiendas.

Los soldados y los empleados no pueden vivir en la ciudad china, y ni aun siquiera pueden pasar en ella la noche; en casi todas las calles hay fondas y posadas; es el lugar de las diversiones y placeres de Pekin, sobre todo en las calles *Ta-cha-lar* y *San-yeu-keu*.

Allí se encuentran las *casas de flores*, habitadas por las bayaderas del *Sud-ja*, ciudad de mucha reputación por la belleza y las gracias de las mujeres.

En *Vai-lo-chin* habitan los cómicos, los titiriteros, los músicos y los charlatanes; allí están tambien las casas de juego.

Se ven igualmente muchas fábricas, entre las cuales hay dos importantes de alfarería y cristal; tambien hay ferias, mercados, jardines, tierras labradas y estanques.

En esos lugares tristes y abandonados se ejecutan las sentencias de la justicia criminal, que solo tienen lugar en otoño; solo hay excepcion para los conspiradores que son ejecutados todo el año.

El verdugo va vestido con una blusa encarnada y un delantal blanco; en la cabeza lleva un gorro encarnado con una pluma derecha. El oficial que conduce á los reos es portador de tantas cartas cerradas procedentes del gabinete del emperador, como criminales deben perecer: al oír sus nombres se prepara el verdugo; pero á veces no hay nada escrito en los pliegos, y entonces llevan otra vez á los condenados á la cárcel; algunos han hecho este viaje por espacio de diez años.

Hoy que Pekin está bajo la jurisdicción de un tribunal marcial presidido por uno de los sobrinos del emperador, mucha sangre ha corrido por los estanques despues de la insurrección.

Subiendo mas al nordeste se pasa por una calle donde están las tiendas mas ricas de joyeros y lapidarios. Ese señor mandjur cubierto de seda se apeará de su montura para entrar en esa tienda de perlas con su mayordomo.

El joyero le saca un hermoso collar de perlas de Ceilan; él no abre la boca, su actitud es grave y fría, y sin embargo obedece á la pasión; ni una palabra se dicen esos tres personajes, y no obstante los tres hablan; cada uno, con la mano derecha que se distingue apenas bajo la ancha manga que en parte la cubre, dice moviendo los dedos, el uno lo que quiere por el collar, el señor mandjur lo que ofrece, y el mayordomo la propina que reclama. Este trato de cuatro ó seis mil pesos se cerrará con el mayor silencio y en medio de una desconfianza general entre esos individuos.

Los mongoles han adoptado tambien ese modo de concluir ajustes, porque los criados exigen de 8 á 10 por 100 sobre las compras; lo cual no impide que los criados que se hallan detrás de los amos, empleen el mismo lenguaje de los dedos para reclamar su propina.

A pesar de todo esto nunca hay ninguna disputa, ningún escándalo; la menor contienda es juzgada al instante y verbalmente por un pequeño mandarin de la policía de las calles.

Al Sur de la calle de las platerías se encuentra la calle de los teatros; hay seis, y en ellos se representan de un modo permanente desde el medio día hasta por la tarde tragedias y comedias con canto y música. Las personas de buen tono no van jamás, porque los teatros están en la misma categoría que las casas de prostitución.

Un poco mas lejos siguiendo la calle de los teatros está la calle de las librerías donde el día de año nuevo hay una feria célebre.

Por último, los lugares mas considerables de esa parte de Pekin son los dos templos que están separados por la gran calle que va de la ciudad tártara á la extremidad de la ciudad china.

El templo de la derecha es el *Thian-than*, cuya tapia de cercado tiene media legua. El emperador va todos los años el día del solsticio de invierno por ofrecer un sacrificio al cielo. Se sube á ese templo por magníficas escaleras de mármol blanco; en las cuatro avenidas del templo hay cuatro arcos de triunfo del mármol mas

fino y artísticamente cincelado. Nada más grandioso que esa ceremonia solemne. La majestad del hijo del cielo se encuentra allí en toda su pompa; todas las tropas de la capital le dan escolta; en la plataforma de mármol del templo se ven estandartes de oro, y toda la corte se reúne allí vestida de gala. La música imperial compuesta de cien instrumentistas y de mil cantantes entona el himno sagrado compuesto hace cuatro mil años.

Los espíritus de los antepasados que han bajado al altar, se vuelven otra vez al cielo en medio de nubes de perfumes que se elevan de las tripodes á las urnas de bronce.

Por el otro lado del templo del cielo está el templo del inventor de la agricultura *Siun-nug-than*. El emperador va á esta solemnidad para labrar la tierra. Llevan los instrumentos aratorios bueyes que solo sirven en esta ocasión. El grano producido por la labranza del emperador se emplea en hacer pastillitos para los sacrificios del cielo.

Fuera de las murallas se ve el camino que conduce al Campo de *Ian-che-va* donde están acampados los mongoles que componen cien mil hombres de caballería. Cuando estos escuadrones recibieron la orden de dejar la Mongolia, llegaron como un huracán á la gran muralla, y



INTERIOR DE UN ESTABLECIMIENTO DONDE SE FUMA EL OPIO.

antes de atravesar la puerta sacrificaron uno de los suyos al espíritu de la guerra (á Buram) para propicio. Los bonzos de un *chemos* (convento) próximo presidieron la ceremonia. Entonces todos aquellos hijos del desierto, desde el simple soldado hasta el comandante en jefe, mojaron la punta de sus lanzas en aquella sangre humeante y lanzaron un grito terrible, y luego aquella masa de caballería, seguida de un número infinito de camellos destinados á llevar las provisiones, continuó su marcha para ponerse cerca de la capital bajo los estandartes del hijo del cielo.

III.

LOS TERIAKIS O FUMADORES DE OPIO.

El opio es sin duda uno de los más grandes beneficios que ha recibido; este medio es tan activo y tan poderoso, que sin su socorro sería como imposible ejercer la medicina; pero en razón á la fatalidad que llevan siempre consigo las mejores cosas, el abuso siguió al uso, y se desarrolló con tanta rapidez ó intensidad en algunas naciones orientales, que hoy se puede uno preguntar si es benéfico ó nocivo. En la India, en la Turquía y en la China las poblaciones se entregan al uso del opio con un furor que cada día es más espantoso.

Dan particularmente el nombre de *teriakis* á los que tragan el opio en píldoras ó en licor.

Los *teriakis*, dice el doctor Poqueville, que ha viajado largo tiempo por la India, principian por medio grano y aumentan progresivamente la dosis hasta tomar sesenta granos y más por día. Tienen cuidado de no beber después por temor de los cólicos. En pocos años pierden el color y las fuerzas, y una magrura extraordinaria es el preludio del marasmo general que los espera. Un *teriaki* que principia joven el uso del opio no pasa de treinta y seis años. La pasión se hace



MODO DE FUMAR EL OPIO.

tan fuerte, que el temor de las enfermedades y de la muerte no pueden nada contra ella. Dicen que disfrutan de una felicidad extrema que no puede describirse.

Y sin embargo, al fin de sus días, en medio del estado de letargo en que se hallan sumergidos, experimentan dolores atroces y un hambre casi continua. Estos dolores son tan fuertes que ni aun el opio tomado en grandes dosis suele calmarlos. Se ponen horribles, pierden la dentadura y tiemblan como azogados.

El uso del opio en medicina data de los tiempos más remotos, pero la costumbre de fumarle es mucho más reciente. Con el islamismo principió á señalarse; como la nueva religión prohibía el uso de las bebidas fermentadas, sus adeptos las reemplazaron con las de ciertas sustancias que tenían propiedades análogas. Los habitantes de la India tomaron á los árabes esta costumbre funesta. En la China, el opio, que es un vicio tan general en el día, no se conocía hace cien años sino como un medicamento.

La pipa en que se fuma el opio es de tierra cocida; se compone de una pequeña esfera hueca aplastada por la base que está en comunicación con el tubo; este es una caña de unos veinte centímetros de larga. La esfera tiene en medio de su superficie superior una pequeña abertura de cuatro á cinco milímetros de ancha. El opio que se debe fumar se tuesta un poco antes; luego se deslie en agua, y en fin se prepara una especie de extracto. Para fumarle se toma una

cantidad como una lenteja á la punta de una varilla de hierro; le acercan á la llama de una vela para que

se tueste de nuevo, y luego le colocan en la pequeña abertura de la esfera de la pipa; entonces le ponen en contacto con la llama de la vela, como hace el fumador de tabaco; el opio se enciende y se aspira el humo. Esta operación se repite muchas veces hasta que el fumador cae en una especie de beatitud ó de delirio, durante el cual su imaginación le presenta mil objetos fantásticos y seductores; embriaguez terrible cuyos abusos son muchomas peligrosos que los del vino.

Uno de los objetos que quise ver en la China, dice un viajero que visitó ese país hace algunos años, fué al fumador de opio en su éxtasis, espectáculo espantoso, aunque al pronto sea menos repugnante que el del hombre ebrio, rebajado por sus vicios al nivel de la bestia. Sin embargo, la sonrisa estúpida y la apatía letárgica del fumador de opio tienen un carácter más horrible que el de la borrachera. Da lástima ver las mejillas sin color, los ojos extraviados de la víctima, vencida por el efecto omnipotente del veneno.

Entré en una calle completamente invadida por los vendedores de opio. Allí, una vez terminadas las tareas del día, acuden en muchedumbre los chinos para satisfacer su abominable pasión. Los cuartos donde se sientan y fuman tienen



ESTADO DEL CHINO FUMADOR DE OPIO.



CONTRABANDISTAS DE OPIO SORPRENDIDOS POR LA POLICÍA CHINA.

unos bancos de madera con un respaldo alto para apoyar la cabeza; á veces una pieza recóndita y destinada al juego forma parte de estos establecimientos. A las nueve de la noche esas tristes víctimas de una pasión irresistible se sumergen en todos los estados que resultan de la embriaguez del opio. Unos entran medio locos á satisfacer el horrible apetito que han debido vencer durante el día; otros bajo la influencia de la primera pipa rien y hablan sin razón; más allá yacen otros desgraciados inmóviles y lánguidos, con una sonrisa idiota en la cara, demasiado agobiados por el efecto del veneno para parar su atención en lo que pasa en su derredor y completamente absorbidos en su cruel placer. La última escena de la tragedia pasa ordinariamente en un cuarto separado de la casa, donde se hallan extendidos como cadáveres aquellos que han llegado á ese estado de éxtasis que el fumador de opio busca con avidez, imagen del largo sueño en que su ciega locura debe precipitarle prontamente.

Para dar aquí una idea de la marcha progresiva del consumo del opio, diremos que á mediados del siglo último solo se importaban en la China doscientas balas de opio. En 1796, los fumadores de opio eran ya tan numerosos que el gobierno chino hizo una ley con objeto de limitar su número, pero no produjo ningún resultado. En 1837 importaban en la China 40,000 balas de opio, que valían la suma enorme de cinco millones de libras esterlinas. En el día se calcula en tres millones el número de fumadores de opio que hay en la China. La cantidad de opio que consume un hombre en un día puede calcularse en dos gramos de extracto ó en cuatro gramos de opio bruto.

El extracto de opio para fumar se llama *chandu* ó *chandoo*; el opio fumado se llama *tie chandu* ó *tinco*, y es muy buscado por los pobres que le toman en píldoras, y por los comerciantes que le emplean para alterar el opio del comercio.

A medida que se arraiga el hábito de fumar opio, los infortunados que se entregan á él pierden el sueño; experimentan vértigos, y su pecho se oprime, su vista se debilita, la digestión se turba, el cuerpo enflaquece y los músculos van perdiendo su fuerza de resistencia. Experimentan por la mañana dolores sordos dentro de los huesos; poco á poco las facciones se alteran, y el aspecto del rostro presenta el carácter de una vejez prematura. Una porción de síntomas graves anuncian una debilitación general, y la mas leve indisposición pone fin á tan misera existencia.

El abuso del opio destruye á la vez la constitución física y las facultades morales de los infelices que le cometen. La pereza, la inacción y la miseria no tardan en sumergirlos en una depravación profunda; poco á poco llegan al crimen. Recurren á menudo al robo para satisfacer su pasión. Las casas de pobres, las cárceles y los hospitales están llenos de fumadores de opio.

Hay que advertir que la acción sedativa del opio, diferente de la acción de las bebidas alcohólicas, no impele á los mismos crímenes que estas; los atentados contra las personas son muy raros.

Cuando se ha con-

traído tan funesta costumbre, es casi imposible renunciar á ella inmediatamente. Se ha dicho con razón que no hay esclavitud comparable con la que pesa sobre el fumador de opio. Algunos individuos que fuman con moderación resisten mas tiempo á sus terribles efectos. Es muy corto el número de personas que pueden corregirse completamente de ese vicio.

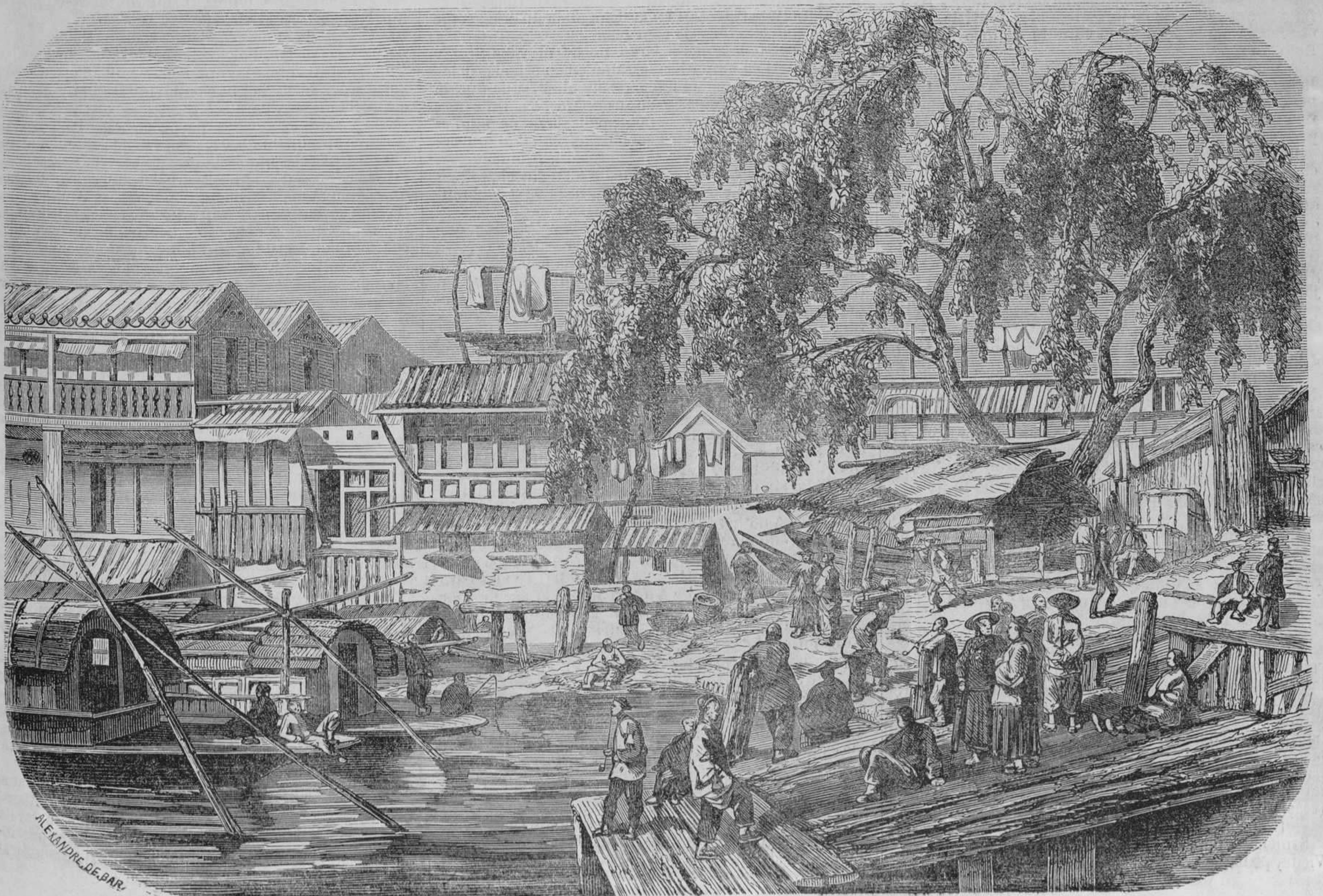
Se concibe que esa afición hoy tan propagada en todas las clases de la población china, haya dictado al gobierno las medidas que ha tratado de poner en vigor; pero lo mas extraño es que una nación poderosa como la Inglaterra, que tan altamente invoca los derechos de la humanidad, hiciera una guerra cruel á un pueblo ignorante y débil con el solo interés de ese comercio odioso, y obligara al soberano del Celeste Imperio á rescatar con un tributo el derecho que ella se ha dado de venderle ese veneno.

A decir verdad, los ingleses han debilitado los peligros no entregando á los chinos mas que un opio de calidad inferior, pero se lo venden al mismo precio que el opio mas estimado de Esmirna, de Patna ó de Benares.

E. P.



UNA FAMILIA CHINA.



UN DESEMBARCADERO EN CANTON, EN FRENTE DE LAS FACTORIAS ESPAÑOLA Y FRANCESA.

LA FERIA DE LAS VANIDADES

POR W. THACKERAY.

(Continuacion.)

Sus ofrecimientos de dinero, á pesar de que el caso era urgente, produjeron poca impresion en la familia.

Suponemos que el lector se ha formado una idea muy elevada de la sensatez del capitán y de mistress Rebeca, para atribuirles nunca el pensamiento de hacer una visita en un barrio tan retirado como Bloomsbury, si hubieran podido sospechar que allí encontrarían personas en la miseria, cuyas relaciones ninguna utilidad podían proporcionarles. Rebeca se sorprendió al ver aquella casa opulenta donde antes había hallado tan buena acogida, saqueada por los mercaderes y los compradores.

Un mes despues de su fuga se había acordado de Amelia, y Rawdon, acogiendo su proposición con una sonrisa irónica, se había mostrado dispuesto á visitar á Jorge Osborne.

— Excelente amistad, decía; tengo que venderle otro caballo, y echaremos también algunas mesas de billar; es lo que se llama una amistad útil.

Entre tanto la tía no se ablandaba. Un mes había trascurrido, y seguía cerrada la puerta de la casa para Rawdon. Sus criados tampoco podían penetrar allí y le devolvían sus cartas sin abrirlas.

Miss Crawley no salía porque seguía indispueta. Mistress Bute no se separaba de ella un instante, cosa que preocupaba mucho á Rawdon y á su mujer.

— Es una mujer muy astuta y de mala intención, decía Rebeca.

Rawdon se consideraba muy feliz en su matrimonio; cuando quería salir, Rebeca jamás se lo impedía; y cuando se quedaba en casa tocaba el piano, cantaba, hacía jarabes que á él le gustaban mucho, cuidaba bien la comida, calentaba sus babuchas y le prodigaba cuidados y atenciones incalculables.

Decía mi abuela que no puede ser buena una mujer si no es hipócrita. Nunca podemos saber los hombres todo lo que el otro sexo nos disimula, ni qué destreza y artificio se ocultan bajo su máscara de confianza y de franqueza, ni qué maniobras ponen en juego para agradarnos, engañarnos y desarmarnos con sonrisas inocentes en apariencia. No hablo aquí de las grandes coquetas, sino de las mujeres que son modelos domésticos, prodigios de virtud femenina. Una mujer casera y hacendosa tiene la diplomacia en la punta de los dedos.

Tales cuidados habían metamorfoseado á Rawdon Crawley, que de veterano de la licencia se había convertido en un marido muy sumiso y dichoso. Había roto completamente con sus antiguos hábitos; en su club preguntaron una ó dos veces lo que había sido de él, y luego acabaron por olvidarle. Pasaba las noches junto á la chimenea en compañía de una mujer risueña y alegre, delante de una mesa bien provista, y esta existencia tenía para él el encanto de todo lo que es nuevo.

A nadie había dado parte de su boda, y tampoco la había anunciado en el *Morning-Post*, pues de otra manera al saber sus acreedores que se había casado con una mujer sin fortuna, le habrían dado una vida de perros.

Rebeca estaba decidida á no declarar su nueva posición hasta que la tía se hubiese reconciliado con ellos. Así vivía en Brompton sin ver á nadie, excepto á los amigos íntimos de su marido. Este abusaba más y más de su crédito. Tenía un activo de deudas muy respetable, que hábilmente explotado, podía servirle de sosten durante mucho tiempo; ciertos habitantes de las grandes ciudades saben darse con deudas una vida mejor que otros con mucho dinero.

Un día leyendo la gaceta Rawdon encontró el aviso siguiente:

«El teniente J. Osborne acaba de comprar el grado de capitán á Smith, que ha hecho dimisión.»

Y al punto manifestó una estimación hácia el novio de Amelia, que la consecuencia fué una visita á Russell-Square.

Rawdon y su mujer habían querido acercarse al capitán Dobbin en la almoneda para saber algunos pormenores sobre la catástrofe de los Sedley; pero el capitán desapareció en la muchedumbre, y no hubo medio de enterarse de nada.

XVIII.

QUE TRATA DE QUIÉN TOCÓ EN EL PIANO COMPRADO POR EL CAPITÁN DOBBIN.

Nuestra relación se halla mezclada por cierto tiempo con sucesos y nombres famosos de la historia. Cuando las águilas de Napoleón tomaron su vuelo en la Provença donde habían caído al regresar de la isla de Elba, y de campanario en campanario llegaron á las torres de Nuestra Señora de París, las águilas imperiales hicieron sir duda muy poco caso de un rinconcillo de la parroquia de Bloomsbury en Londres, donde se pensaba en otros asuntos que en el ruido de sus alas poderosas.

— ¡Napoleón ha desembarcado en Cannes!

Semejante noticia podía esparcir un terror pánico en Viena, podía destruir los planes de la Rusia, amenazar

la integridad de la Prusia, preocupar un poco á Metternich y á Talleyrand, y por último dejar atontados al príncipe de Hardemberg y al marqués de Londonderry; pero ¿quién habría creído que el gran sacudimiento de la gran lucha imperial debía hacerse sentir hasta en el destino de una niña de diez y ocho años, cuya alma se hallaba embriagada en pensamientos de amor?... ¡Pobre flor del hogar doméstico!... El soplo impetuoso de la guerra te arrastrará también en sus implacables torbellinos. Sí, Napoleón intenta dar un golpe supremo, y el dado fatal que rueda, se lleva consigo la felicidad de la desgraciada Amelia Sedley.

La fortuna de su padre desapareció sin esperanza con la fatal noticia. Todo le había salido mal al pobre anciano; sus últimas operaciones fueron desastrosas; sus banqueros habían quebrado. Los fondos subieron cuando pensó que bajarían; si la fortuna es rara y viene lentamente, en cambio todo el mundo sabe que los desastres son rápidos.

No obstante, el viejo Sedley había comprimido su tristeza en su corazón, y todo parecía marchar como de costumbre en su opulenta y apacible casa. La excelente mistress Sedley continuaba su vida ociosa, y su hija se absorbía más y más en un pensamiento tierno y egoísta, aislándose de las personas que la rodeaban cuando sobrevino la catástrofe.

Una noche mistress Sedley preparaba las esquelas de convite para una fiesta que debía dar; los Osborne habían dado una, y preciso era que ella los visitara.

John Sedley entró muy tarde y se sentó á la lumbre sin decir una palabra.

Amelia se había subido á su cuarto muy abatida y triste.

— Amelia sufre, dijo la madre; Osborne la descuida. Me es insoportable el tono que se quiere dar esa familia. Ellas no han puesto aquí los pies hace tres semanas, y Jorge escasea sus visitas. Eduardo Dale le ha visto en la Ópera; estoy segura de que Eduardo se casaría con Amelia, y en cuanto á Dobbin no desea otra cosa, pero me horrorizan los militares. De todos modos tenemos que dar una buena lección; mirad con buenos ojos á Eduardo, y pronto cambiarán las cosas.... Pero ¿por qué no me respondeis? ¿Qué ha sucedido?

John Sedley se levantó de su silla, y yendo á su mujer la estrechó en sus brazos y la dijo con voz entrecortada:

— Estamos arruinados, María; hay que volver á empezar; pero voy á deciroslo todo.

Y al hablar así temblaba en todos sus miembros y desfallecía; pues temía que su mujer no pudiera soportar las nuevas que la esperaban; su mujer á quien nunca había dicho una palabra que pudiera entristecerla. Pero él estaba más abatido que ella: hecho aquel esfuerzo volvió á caer en su silla, y su mujer acudió á consolarle; le abrazó, y abrazada le dijo mil palabras que la inspiraban su amor y su ternura. Aquella voz fiel, aquellas caricias tenían suspendido el corazón del pobre hombre entre una felicidad y una tristeza inexplicables, y penetraban en aquella alma dolorida como un rayo de alegría y de consuelo.

En el curso de aquella larga noche el viejo Sedley sentado junto á su mujer derramó en su seno los dolores concentrados en el fondo de su alma, y le dijo la historia de sus pérdidas y de sus apuros, las traiciones de sus mejores amigos, la noble delicadeza de algunas personas de quienes nada se había prometido nunca; y solo una vez en medio de aquella historia dolorosa, su fiel compañera dió rienda suelta á su emoción.

— ¡Dios mío! exclamó; esta desgracia va á quebrantar el corazón de Amelia.

El padre no se había acordado de la pobre niña, que estaba en su cuarto presa del insomnio y del dolor, sola en medio de sus amigos, sola en la casa paterna... ¿No es verdad que hay pocas personas á quienes se puedan confiar las penas del corazón? ¿Quién puede franquearse con almas frías, insensibles, ó con personas incapaces de comprender? Nuestra querida Amelia se hallaba así encerrada en su soledad; desde el momento en que tuvo secretos se halló sin confidentes... ¿Cómo decir á su madre sus dudas y sus inquietudes? Sus futuras hermanas la desdaban mas y mas cada día.

Sin embargo, su corazón se esforzaba en conservar el convencimiento de que Jorge Osborne era fiel y digno de su amor, á despecho de todas las pruebas contrarias. Y no obstante, ¡cuántas palabras de amor le había ella dicho sin poner en conmoción sus fibras sensibles! ¡Cuántas sospechas bien justificadas de egoísmo y de indiferencia no había tenido que rechazar su corazón! ¿A quién aquella pobre víctima podía contar sus luchas y sus tormentos de cada día? Ni su héroe comprendía sus padecimientos. ¡Ah! La faltaba valor para confesarse que el hombre á quien amaba la era inferior bajo todos conceptos, y que se había apresurado demasiado á dar su corazón. Pero estaba ya dado, y la pura y casta Amelia era demasiado humilde, demasiado tierna, demasiado débil, demasiado mujer en fin para recuperar su libertad perdida.

Aquel pobre corazón padeció mucho cuando en marzo de 1815 Napoleón desembarcó en Cannes y Luis XVIII se fugó; un pánico general se apoderó de la Europa, los fondos bajaron, y el viejo Sedley se quedó en la miseria.

John Sedley se vió obligado por su indigencia á despedir á los criados, que se mostraron muy afligidos al perder tan buenos acomodos, y en suma se consolaron pronto entrando en otras casas. En cuanto á la anciana mistress Blenkinsop que había visto nacer á José y á Amelia, y que servía á John Sedley y á su mujer

desde el día de su boda, se quedó con ellos gratuitamente, pues había reunido una cantidad bastante regular desde su entrada en la casa. Siguió pues á sus amos á su modesto refugio, donde les prodigaba sus cuidados y de tiempo en tiempo sus gruñidos.

Entre las persecuciones judiciales que mas hirieron al pobre Sedley se distinguieron las que procedían de John Osborne. Había sido este su amigo y su vecino; al principio de su carrera encontró en Sedley un apoyo y le debía muchísimos favores; además John Osborne debía casar su hijo con la hija de Sedley: ¿no era esto bastante para explicar sus rigores y su animosidad?

— Eres un infame, puesto que está tu nombre en las columnas de la Gaceta, dice siempre la prosperidad al pobre diablo hundido en el abismo de la miseria.

Osborne se sentía herido por el recuerdo de los beneficios que le habían hecho; este es siempre un gran motivo de odio y de hostilidad. Por último, se había roto el matrimonio proyectado entre Amelia y su hijo. Como ya los pasos habían adelantado mucho, y como la felicidad, quizá la honra de la pobre Amelia estaban comprometidas, para llegar á un rompimiento era preciso invocar razones de fuerza mayor: John Osborne necesitaba proclamar á la faz del mundo que era muy triste la reputación de John Sedley.

En todas las reuniones de acreedores afectaban con Sedley una crueldad y un desprecio que acababan de quebrantar el corazón de aquel infeliz agobiado ya por su ruina. Se oponía á toda entrevista entre Jorge y Amelia, amenazaba al joven con su maldición si infringía sus órdenes, y trataba á la pobre niña como á la mas pérdida y vil de todas las criaturas.

La noticia del desastre de su padre y la mudanza de Russell-Square fueron para Amelia como una declaración de que en lo sucesivo todo estaba concluido ya entre ella y Jorge, entre ella y su amor, entre ella y su felicidad, entre ella y su fe en este mundo. Una carta grosera é insultante de John Osborne puso en su conocimiento que la conducta de su padre destruía todos los proyectos formados por entrambas familias.

Amelia demostró mas calma y resignación que había esperado su madre; vió en esta noticia la confirmación de los negros presentimientos que hacia tanto tiempo la agitaban. Era la sentencia dada contra el crimen de que ella era culpable hacia mucho tiempo; el crimen de amar con pasión, con ceguedad, sin consultar la razón fría. Y no era mas desgraciada ahora con la certidumbre de sus esperanzas engañadas que en el tiempo en que había tenido ante sus ojos la triste realidad sin querer fijar su vista en ella.

Pasó de un palacio á una choza sin quejarse, sin estar conmovida; se encerraba menos tiempo en su cuarto, pero se consumía y diariamente se podían notar los progresos del mal que la devoraba.

La animosidad que Osborne había manifestado con motivo del proyecto de matrimonio entre Jorge y Amelia podía compararse únicamente con el resentimiento que manifestaba el viejo Sedley cuantas veces se trataba delante de él de semejante asunto. Maldecía á Osborne y á su familia, los llamaba seres sin gratitud, sin fe; repetía que ninguna fuerza humana podría obligarle á dar su hija al hijo de tal miserable, y mandaba á Amelia que olvidara á Jorge y le devolviese todas las cartas y todos los regalos que de él había recibido.

Amelia prometió obedecer y se dispuso á ello. Envolvió las fruslerías que la había dado Jorge, sacó sus cartas del sitio en donde las guardaba, y las leyó una por una como si no las supiera de memoria. Pero no tenía fuerzas bastantes para separarse de ellas, y ocultó sus cartas en el pecho como una madre desesperada estrecha sobre él á su hijo difunto. Amelia creía que moriría ó se volvería loca si la arrebataban ese consuelo supremo.

¡Qué alegría brillaba en otro tiempo en su rostro cuando llegaban aquellas cartas á sus manos! ¡Cuán deprimida se alejaba con el corazón palpitante para leerlas sola! Su estilo era frío y glacial; pero ¡cómo sabía darle esta todo el ardor de la pasión! Las cartas eran cortas y egoístas; pero ¡ay! no la faltaban á ella las excusas en favor del que las había escrito.

Al leer nuevamente aquellas cartas tan poco dignas de tanto amor, daba rienda suelta á sus ilusiones, revivía en lo pasado; cada una era para ella la señal de un recuerdo. ¡Ay! De todo aquel cariño apagado solo la quedaban en el mundo aquellos tristes restos, y en adelante debía ocupar su vida en sofocar su tristeza en el silencio.

Sed prudentes, niñas, antes de comprometer vuestro corazón. Cuidado con abandonaros á un amor sincero; no digais nunca lo que sentís, ó mejor dicho, no sintáis nunca gran cosa. Ya veis adónde conduce una pasión confiada y leal; no os fieis en nadie. Casaos como en Francia, donde el *maire* sirve de confidente, y donde los registros del estado civil reemplazan las cartas amorosas.

Si Amelia hubiera oído los comentarios que sobre ella se hacían en la sociedad de donde la sacaba de repente la quiebra de su padre, habría sabido cuáles eran sus crímenes y cómo había comprometido su reputación. Según mistress Smith no había ejemplo de una ligereza tan criminal; mistress Brown había censurado siempre tan escandalosas familiaridades, y era una lección para todas las niñas.

— El capitán Osborne no se puede casar con la hija de un hombre que ha hecho quiebra, decía miss Dobbin; bastante es ya ser víctima de las estafas del padre. En cuanto á Amelia, su locura era...

— ¿Qué era? preguntaba el capitán Dobbin de mal humor. ¿No se prometieron uno á otro que se casarían, desde la infancia? ¿Y una promesa así no es tan válida como el mismo matrimonio? ¿Quién se atreve á profesar la menor palabra injuriosa contra la mas pura, la mas tierna y la mas angelical de todas las mujeres?

— Poco á poco, William, respondía miss Jane, no monteís tan deprisa contra nosotros en vuestro caballo de batalla, porque no podemos batirnos. Nada se dice contra miss Sedley sino que su conducta ha sido muy imprudente; la desgracia bien merecida la tiene su familia.

— Vamos, William, repuso miss Ana con un tono irónico, miss Sedley está libre ahora, presentaos, es un buen partido.

— ¡Que me case con ella! dijo Dobbin poniéndose encarnado y precipitando sus palabras; no se parece á nosotros en eso de la afición al cambio. Burlaos de una criatura que no puede defenderse; su infortunio y sus penas merecen sin duda vuestras burlas. Valor, miss Ana, sois la mas despierta de la familia, y todos aplauden vuestras necedades.

— Ya os he dicho que no estábamos en el cuartel, respondió miss Ana.

— Me gustaría oír á alguien hablar en el cuartel como vos habláis, exclamó Dobbin con un entusiasmo caballeresco. Sí, desearía que un hombre se atreviese á decir algo contra ella.

— ¡Qué ardor demuestra Dobbin cuando se trata de esa coqueta descarada! se decían entre sí la madre y las hermanas de Dobbin.

Y temían que no realizándose la boda con Osborne, hallara al punto otro admirador en el capitán.

— ¡Qué suerte, decían las jóvenes, que el regimiento haya recibido su orden de marcha! Nuestro hermano va á libertarse del peligro.

Con efecto, el regimiento debía partir, y de esta manera el emperador de los franceses se encuentra mezclado en nuestra historia, que sin la augusta intervención de ese personaje que no habla, no habría merecido los honores de la publicidad. El había causado la ruina de los Borbones y la de M. John Sedley. Su llegada á París hacia que se volvieran á tomar las armas en Francia para sostenerle, y en toda la Europa para combatirle. Mientras la nación francesa y el ejército le juraban fidelidad en torno de las águilas, los cuatro ejércitos mas poderosos de la Europa se reunían para la *caza del águila*, y uno de ellos, el inglés, contaba en sus filas á dos de nuestros héroes: el capitán Dobbin y el capitán Osborne.

La comocion que experimentó el país con esa noticia tenía un carácter tan nacional, que desapareció toda cuestion de interés privado. Sin duda por este motivo Jorge Osborne, en posesion ya de su nuevo grado, y pensando tal vez en un ascenso, no se ocupó de otros sucesos que sin duda habrían llamado su atencion en tiempos ordinarios.

La catástrofe de M. Sedley no le entristeció mucho. Se estaba probando su nuevo uniforme que le sentaba á las mil maravillas el día en que se reunió la primera asamblea de acreedores. Su padre le dijo que la conducta abominable de Sedley le obligaba á repetirle que estaba concluido el proyectó de matrimonio con Amelia.

Al decirle esto le entregó una buena cantidad de dinero para que pagara su uniforme y sus charreteras, que le daban un aspecto brillantísimo.

Jorge recibía siempre con agrado el dinero, y aceptó sin ninguna ceremonia la generosa gratificacion de su padre.

Los carteles de la almoneda estaban pegados ya en las paredes de la casa de Sedley donde había pasado tantas horas dichosas. Cuando salió de casa de su padre pudo distinguirlos á la claridad de la luna que los alumbraba con sus pálidos rayos. Aquella habitacion donde antes había reinado la opulencia, estaba cerrada ya para Amelia y su familia. ¿Dónde se habían refugiado? La idea de su desgracia le produjo una impresion profunda; aquella noche estuvo muy sombrío en el café de Slaughter, bebió con exceso, y sus compañeros lo notaron.

Dobbin llegó y quiso impedir que siguiera bebiendo, pero Osborne le dijo que lo hacia por disipar su tristeza. Su amigo le dirigió muchas preguntas, pero él se negó á entrar en detalles, y dijo únicamente que tenía la cabeza perdida y que era muy desgraciado.

Tres días despues Dobbin fué á visitar á Osborne en el cuartel, y le halló de codos sobre la mesa; en torno suyo había muchos papeles.

El jóven capitán parecía muy abatido.

— Me ha devuelto todo lo que la he dado, exclamó; mirad estos recuerdos.

Y con el dedo le señaló un legajito de cartas de una letra que conocía muy bien el capitán Dobbin, y luego algunos objetos, como una sortija, un cuchillito de plata que la compró en una feria cuando eran niños, una cadena de oro y un medallon que contenía pelo.

— Leed esta carta, dijo Osborne con voz desfallecida.

Y le presentaba un billete que contenía estas líneas:

«Cumpliendo con la voluntad de mi padre os devuelvo todos los presentes que me habeis hecho en tiempos mas felices. Esta carta es la última que os escribo. Sin duda alguna deploras tanto como yo el golpe que hemos recibido. Nuestros infortunios hacen imposible el

proyectado enlace entre nosotros; quedais libre, os devuelvo vuestra palabra. Estoy segura de que no nos juzgareis con la crueldad de M. Osborne, que tanto aumenta nuestra desgracia. Adios. Suplico al cielo que me dé fuerzas para soportar esta prueba y todas las demás que quiera enviarme; ¡Dios os colme de bendiciones!

» Tocaré á menudo el piano... en vuestro piano. En ese obsequio he reconocido la delicadeza de vuestro corazón.

» AMELIA. »

Dobbin tenía un alma muy sensible. Las lágrimas y los sollozos de las mujeres y de los niños le causaban la impresion mas viva. La idea de Amelia sumergida en la soledad de su dolor, atormentaba su alma. Había en él un lujo de emocion quizá excesivo para un hombre. Juraba que Amelia era un ángel y que Osborne debía conservarla su corazón eternamente.

También Osborne pensaba en la historia de sus dos existencias tan unidas; aquella jóven le aparecía en fin tal como la había visto desde su infancia, dulce, inocente, encantadora en su sencillez, apasionada y tierna con toda la franqueza de su alma.

¿Qué afliccion, perder aquel tesoro, y no haber sabido apreciar su felicidad en los días que disfrutaba de ella! Mil escenas de familia cruzaban entonces por su mente, y en medio de todos sus recuerdos la veía siempre buena y hermosa. El remordimiento sobrecogía su alma, y la vergüenza le subía al rostro cuando se acordaba de su egoismo y de su indiferencia que tanto contrastaba con el candor angelical de Amelia. Las esperanzas de gloria, las alternativas de la guerra, el mundo entero había desaparecido por un instante, y los dos amigos no hablaban mas que de ella.

— ¿Dónde están? preguntó Osborne despues de una larga conversacion, aunque no sin avergonzarse de su poca premura en seguir á su novia; ¿dónde están? no hay señas en esta carta.

Dobbin sabía las señas. No contento con haber enviado el piano, había escrito una carta á mistress Sedley pidiendola permiso para ir á verla. Y la había visto la vispera, y á Amelia también antes de su regreso á Chatham; mas aun, él se encargó de entregar la carta de despedida y los objetos que causaron tal emocion á entrambos amigos.

Mistress Sedley le dispensó la mejor acogida.

Se puso muy contenta con la llegada del piano, que segun sus conjeturas era enviado por Jorge en señal de amistad. El capitán no quiso desengañarla, y oyó la relacion de sus desgracias con muestras de la mas viva simpatía. Despues de estas confidencias, Dobbin se sintió con bastante valor para ir á ver á Amelia retirada como de costumbre en su cuarto; estaba desconocida.

Parecía una sombra; pintábase la desesperacion en su rostro con rasgos tan elocuentes, que Dobbin se estremeció al verla, y leyó los presagios mas siniestros en aquella fisonomía descolorida é inmóvil.

Al cabo de uno ó dos minutos le entregó el paquete y le dijo:

— Para el capitán Osborne... supongo que está bueno... os agradezco vuestra visita... estamos muy bien en nuestra nueva habitacion... Creo, mamá, que puedo retirarme... estoy un poco débil.

La pobre niña hizo un saludo acompañado de una sonrisa y se retiró. La madre al acompañarla á su cuarto echó á Dobbin una mirada tristísima.

Dobbin estaba muy conmovido; la jóven le inspiraba ya un profundo cariño, pues cuando salió de la casa, su alma era presa del dolor, de la compasion, del temor, como si hubiese sido culpable, como si sintiera el peso de un remordimiento.

Cuando supo Osborne que su amigo había visto á Amelia, le hizo mil preguntas. ¿Cómo estaba? ¿Cómo la había hallado? ¿Qué decía?

Dobbin tomándole una mano y mirándole á la cara, le dijo:

— ¡Jorge, se muere!...

En la casita donde la familia Sedley había encontrado un refugio, había una criada irlandesa de buenos sentimientos. Esta muchacha intentaba en vano consolar á Amelia.

Cuatro horas habían trascurrido despues de la entrevista de Dobbin y de Osborne, cuando la criada entró en el cuartito donde se encontraba Amelia silenciosa como de costumbre, pensando en sus cartas, su único tesoro en este mundo. La criada muy alborozada y contenta hizo mil esfuerzos inútiles para llamar la atencion de la jóven.

— ¡Miss Amelia! la dijo.

— Aquí estoy, contestó Amelia sin moverse.

— Una carta, repuso la criada, una carta nueva para vos, no leais las viejas.

Y la entregó entonces un billete en que Amelia leyó lo que sigue:

«Amelia, amor mio, tengo que veros precisamente; recibidme.»

Su madre y Jorge estaban en el umbral de la puerta, esperando á que concluyera la lectura de la carta.

XIX.

MISS CRAWLEY Y SU ENFERMERA.

Mistress Firkin, la doncella de miss Crawley, se apresuraba á notificar á mistress Bute Crawley todos los sucesos de alguna importancia para la familia que llegaban á su conocimiento. En cambio esta señora miraba con una atencion particular á la mujer de confianza de miss Crawley, así como á miss Briggs, la señorita de compañía de la anciana.

Mistress Bute había hablado tan á menudo á Briggs y á Firkin de la amistad que las profesaba, de lo que haría en su favor si la tocaba á ella la fortuna de miss Crawley, que las personas susodichas la tenían en alta consideracion.

Rawdon Crawley, por el contrario, jamás había pensado en granjearse las simpatías de las dos mujeres á quienes miraba con el desden mas pronunciado.

Vosotros, los que comenzais á vivir, no seais avaros de alabanzas para todo el mundo. No os hagais jamás los incorruptibles; echad incienso de firme á las personas; no desperdiciéis ninguna ocasion de alabarlas. Imitad al Labrador que no veía jamás un pedacillo desocupado de sus haciendas, sin sacar al punto de su bolsillo una bellota para plantarla en él; así debeis sombrar vuestras alabanzas en la vida. Una bellota poco es; pero algun día podrá producir un buen árbol.

Mientras duró su favor Rawdon Crawley obtuvo una sumision forzosa; despues de su desgracia no encontró apoyo en nadie. En cambio al encargarse mistress Bute de la casa, todo el mundo se felicitó de hallarse á las órdenes de un jefe que prometía tanto.

Mistress Bute no se hacia ilusiones, y esperaba un asalto por parte del enemigo para reconquistar la posicion perdida. Conocía la astucia y habilidad de Rebeca, y la creía capaz de todo antes de aceptar su suerte; ella debía pues hacer sus preparativos de combate y redoblar la vigilancia.

¿Qué resistencia opondría miss Crawley? ¿No tenía un deseo secreto de abrir las puertas al enemigo vencido? Quería mucho á Rawdon, y sobre todo á Rebeca que sabía distraerla.

Aunque estaba muy decaída y no podía vivir mucho tiempo, era preciso ponerla al abrigo de las empresas enemigas.

Cuando miss Crawley se encontraba mejor, si la decían que estaba mal ó que lo parecía, al punto mandaba que viniera el médico. Despues de aquella evasión inesperada que fué para ella un golpe tan fatal, mistress Bute pensó que debía decir al médico y al boticario, á los criados y á la señorita de compañía, que miss Crawley se hallaba en una situacion deplorable, y que era preciso tener mucho cuidado. Había mandado echar media vara de paja sobre la calle, y el aldabon de la puerta estaba envuelto por medida de precaucion. Había exigido que el médico la hiciera dos visitas diarias, y cada dos horas inundaban á la enferma de bebidas y de posiciones. Cuando penetraban en el cuarto, ordenaba con tanto empeño que no metieran ruido, que la pobre anciana saltaba en su lecho. Miss Crawley no podía moverse sin distinguir los ojos saltones de mistress Bute que se clavaban en ella con una inmovilidad sepulcral, y parecían brillar en medio de las tinieblas, mientras iba y venía por la habitacion con la ligereza y el silencio del gato.

Miss Crawley pasaba mucho tiempo en la cama, y mistress Bute la leía libros devotos. Durante sus largos insomnios no oía mas que la voz del sereno y el chisporroteo de su lamparilla.

A las doce de la noche recibía la visita del boticario que se acercaba á ella contando las pisadas; luego ya no tenía otra cosa que hacer sino contemplar los ojos fantásticos de mistress Bute y los reflejos amarillos de la luz proyectada en el techo en una semi-oscuridad que tenía algo de espantoso.

Hemos dicho que en buena sociedad, y cuando estaba de buen humor, esa vieja disipada profesaba ideas sobre la moral y la religion, exentas de preocupaciones; pero al verse mala, la vieja pecadora, tan cobarde como incrédula, se hallaba acometida por los horribles temores de la muerte.

— Si mi pobre marido tuviera mas sólida la cabeza, pensaba mistress Bute, de mucho podría servir ahora á miss Crawley. La haría arrepentir de sus errores pasados, la haría entrar en el buen camino, y quedaría desheredado ese licencioso infame que se ha puesto mal con toda la familia; la infundiría en fin, los buenos sentimientos que debe profesar á mis niños, los cuales merecen bajo todos conceptos el apoyo que deben hallar en sus parientes.

Y como el horror al vicio es siempre un progreso hácia la virtud, mistress Bute trataba de inspirar á su hermana política el aborrecimiento por los pecados de Rawdon; el total que de ellos presentaba era bastante para condenar á los oficiales de todo un regimiento. Cuando un hombre da un paso en falso en este mundo, no halla ante el pueblo un censor mas inexorable que los miembros de su familia.

La contaba la historia de sus desafíos por contiendas de juego, y cómo dió muerte en uno de ellos al capitán Longeu, y le pintaba con vivos colores la desesperacion de las familias que había arruinado, precipitando á los hijos en la deshonra y la pobreza, y á las hijas en la vergüenza y en la infamia.

(Se continuará.)

LA TORRE DEL POZO ARTESIANO DE GREVELLE, EN PARIS.

El pozo artesiano hecho en Grenelle á costa de muchos años de trabajo y de grandes gastos, y cuyas aguas alimentan los depósitos superiores de la Strapade, ha dado lugar á la edificación de una torre de fundición destinada á reemplazar el maderamen establecido provisionalmente con el objeto de sostener sobre el suelo el tubo ascensional.

Esta torre cuya construcción en el eje del agujero de perforación habría hecho difíciles las reparaciones que habrían podido necesitarse en caso de accidentes en el pozo, está elevada en el centro de la plaza de Breteuil, lugar que ha parecido muy apropiado al carácter monumental del edificio.

El tubo de ascension lleva las aguas á una altura de 34^m 10 sobre la tierra. Al rededor de este tubo subirá una escalera de hélice calada de 0^m 75 de anchura, con seis apoyos calados igualmente. El tronco de la escalera de 2^m 10 de diámetro, está formado únicamente por las paredes internas de los seis apoyos. La especie de torre ó de aguja que comprende el tubo de ascension, la escalera y los seis apoyos tiene por su base 3^m 88 de diámetro y 2^m 90 por arriba. En toda la altura de la torre hay cuatro descansillos exteriores.

La torre tiene una altura total de 42 metros á contar desde el suelo hasta la punta. Descansa en un cimiento de betón de 3 metros de grueso, y está fijada en el zócalo por varas de hierro de 0^m 04 de diámetro que atraviesan la fábrica y entran en los cimientos. El zócalo, de forma circular, de 7^m 10 de radio y de 2^m 50 de elevación, está construido de piedra de sillería. Se llega al primer descansillo colocado inmediatamente so-

bre el zócalo por una gradería de fundición que vuela entre el tubo de ascension y el tronco de fábrica. Los escalones que conducen desde este punto á los otros tres

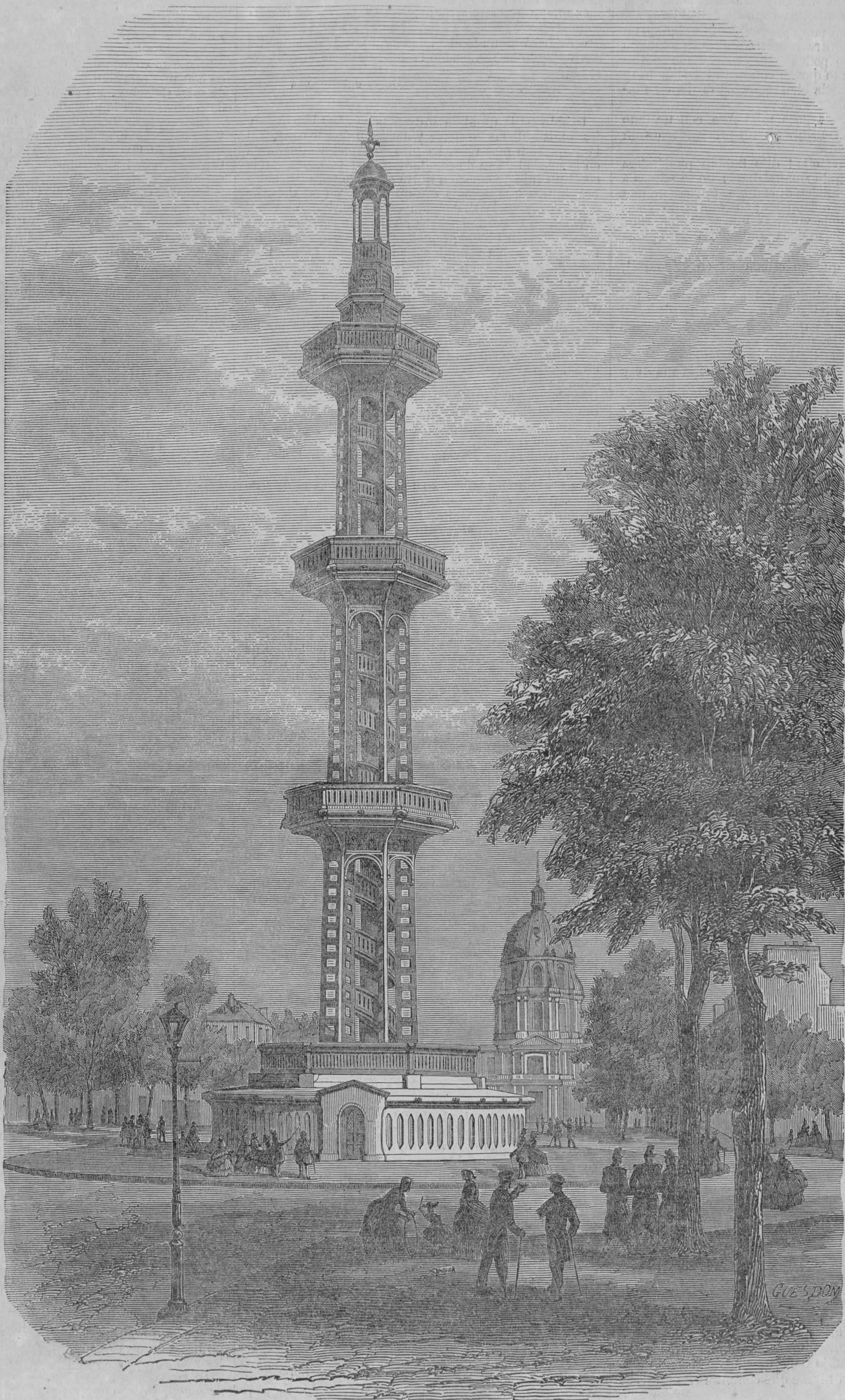
descansillos exteriores son de fundición y calados. Estos escalones se adaptan por un lado al cilindro ascensional y por el otro á los apoyos verticales. En cada descansillo exterior sostenido por consolas recortadas, reunidas unas con otras por piezas verticales igualmente recortadas, se adapta una barandilla calada de 1^m 10 de altura. La torre termina en un domo que descansa en seis columnillas de hierro colado.

Las aguas son conducidas á lo alto de la torre por medio de dos tubos de ascension, y bajan por un tubo de distribución y un tubo de descarga que las arrojará en alcantarilla en caso de reparación de los conductos. Estos cuatro tubos se encuentran en el cilindro ascensional y dejan todavía un hueco bastante grande para que pueda pasar un hombre si hay que gobernar alguna cosa. Las aguas caen en un receptáculo colocado inmediatamente sobre el último descansillo.

Cien mil kilogramos de fundición se han empleado en esta construcción importante y sin precedente hasta el día, cuyo proyecto ha sido estudiado por M. Delaperche, ingeniero ordinario de puentes y calzadas, bajo la dirección de M. Belgrand, ingeniero en jefe de las aguas y alcantarillas, y de M. Michal, inspector general de puentes y calzadas, director del servicio municipal de las obras públicas de Paris.

La torre del pozo de Grenelle calada como un encaje y casi de la altura de la columna Vendôme, es un edificio de los más curiosos y un ejemplo del partido ventajoso que se puede sacar de la fundición para las construcciones importantes. En los días de regocijos públicos puede servir también para iluminaciones de un efecto espléndido y completamente nuevo.

C. F.



NUEVA TORRE DE HIERRO ELEVADA SOBRE EL POZO ARTESIANO DE GREVELLE.